

PAUL
MUNI

GLEND
FARRELL

Soy un fugitivo

EDICIONES
BISTAGNE

SOY UN FUGITIVO

OVITIQUI UN YO
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

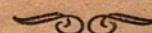
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

SOY UN FUGITIVO

Emocionante producción dramática basada en la verídica narración
de ROBERT E. BURNS, evadido por dos veces de un
penal americano

Dirección de
MERVYN LE ROY

Es un film
WARNER BROS-FIRST NATIONAL



Distribuido por
WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.
Paseo de Gracia, 77
BARCELONA

Argumento narrado por José Virós

R e p a r t o

PAUL MUNI	<i>en el papel de</i> James Allen
GLENDA FARRELL	» » » Marie
HELEN VINSON	» » » Helen
Edward Ellis	» » » Bomber
Hale Hamilton	» » » Pastor Clint
Noel Francis	» » » Linda
Louise Carter	» » » Madre
Sally Blane	» » » Alice
Allen Jenkins	» » » Barney
etc.	

PROLOGO

La película "SOY UN FUGITIVO" está basada en un hecho rigurosamente cierto.

El papel de James Allen, el protagonista, interpretado magistralmente por el actor Paul Muni, ha sido vivido en la realidad por Robert Elliot Burns, el hombre que hace poco electrizó a la opinión de los Estados Unidos con la publicación de sus memorias de los años que había sufrido condena en uno de los más famosos penales de Norteamérica, del que había logrado huir por dos veces burlando toda vigilancia y arriesgando su vida, con un valor y una voluntad fie-

ras, para alcanzar la soñada libertad.

Como la vida del presidio, el relato de Robert E. Burns es cruel, duro, amargo, inhumano. Dice con cruda verdad todos los sufrimientos que pasan los condenados en aquel lugar de horror que él llama "el infierno en la tierra". Es su libro un reflejo demasiado vivo del trato que la ley da a los prisioneros, de los tormentos a que los somete en las cárceles de algunos Estados americanos.

Robert E. Burns, huído de presidio, tuvo que escribir a escondidas este libro que, además de ser

una dolorosa confesión, es una acusación tremenda que está suscitando polémicas en los Estados Unidos en favor de la abolición del castigo de las cadenas.

Las instituciones policíacas se tambalearon. La opinión se puso de parte del reo. El público se sublevaba ante aquella narración de pesadilla. Había que tomar medidas urgentes y radicales. Se puso precio a la cabeza del autor de aquel delito, del delito de descubrir a los ojos ignorantes los terribles secretos de la penitenciaría, y se le persiguió sin tregua, con encarnizamiento, como a una fiera salvaje. Pero todos los pasos, todas las indagaciones fueron inútiles. La policía no logró dar con el procesado. Pero no ha dejado aún en su empeño. Sigue buscando a Robert E. Burns, el autor de "I am a fugitive from a Chain Gang" (Soy un fugitivo de la cuadrilla encadenada), por haber sido demasiado sincero en su relato. Este es todo su crimen; exceso de sinceridad. Robert E. Burns, perseguido, acorralado, vive la vida azarosa del

que está fuera de la ley, del patria, del desheredado de la sociedad. El vasto país de los Estados Unidos le ofrece ancho campo para escapar a la vigilancia de sus perseguidores un día y otro. Dondequiera que esté no podrá reedificar su vida deshecha. Es el hombre perseguido al que se arrebatan todos sus derechos, al que la mano de hierro de una civilización fundada sobre bases a menudo equivocadas, ha aniquilado con su zarzazo de fiera vencedora. Es un fugitivo. La ley, implacable, le persigue. Cada nuevo sol que amanece le encuentra en lugar distinto. Es el hombre sin hogar, sin patria, sin familia, sin amigos, condenado por una sociedad que le ha quitado todo esto y mucho más, que le ha quitado el derecho a ser hombre.

Basada en este hecho real, en la aventura epopeyica de este valeroso fugitivo, en sus memorias de presidiario, se ha realizado la película que bajo el título de "SOY UN FUGITIVO" damos a conocer hoy a nuestros lectores.

Soy un fugitivo

ARGUMENTO DE LA PELICULA

La guerra ha terminado. Y no son, ciertamente, los que quedaron en el campo, tendidos para siempre, los que con más rigor sufrieron sus horrores. Sus víctimas verdaderas son éstas, los que quedan, los que hoy tienen un gesto de alegría y de esperanza en el rostro porque regresan a sus casas y a quienes mañana la vida, la vieja vida de la aldea, del hogar, del taller, de la fábrica, con su ritmo monótono y tranquilo, les hará sentir más hondo y más punzante el do-

cuerpo, arruinado el espíritu ¿lograrán adaptarse a la vida? ¿Se impondrá en ellos la fuerza? ¿Tendrán salvación? ¡Quién sabe!

Para cada uno el destino tiene ya trazada su trayectoria, pero todos ellos son seres nuevos de una nueva generación formada en el dolor; ya nadie les podrá comprender; se encontrarán siempre separados de los demás por estos cuatro años de infierno, de pesadilla, que sólo ellos vivieron. Ellos que han sufrido todos los espantos de los campos de batalla: la inacción de las trincheras, el arrebato del combate, el enervante ataque de las granadas que estallan sin saber de dónde vienen y contra las que no se pueden defender, la larga espera de la llegada del enemigo, el trágico terror de una muerte bárbara y estéril, las horas de sufrimiento y de delirio en el hospital, los fríos y los calores, la fatiga y el hambre, la mala alimentación y el insomnio producido por el ruido espantoso de todas las máquinas de guerra. Ellos que han sufrido todo esto y a los que nadie ha podido explicar el por qué de sus vidas sacrificadas y deshechas, no en holocausto a un ideal, sino en holocausto a un egoísmo.

Ellos, los hombres destruidos totalmente, aunque se salvaron de las granadas, son las víctimas inmoladas a un crimen sin nombre, héroes cuyo heroísmo sirvió sólo para desquiciar de raíz a toda la humanidad; pobres héroes triunfadores, sacrificados a la ambición de unos pocos que lanzaron al mundo a una lucha de loca barbarie de la que nadie benefició y en la que nada encontró su resurgimiento.

James Allen es uno de estos "muertos vivos" que regresan hoy al hogar. También va alegre. "Aquellos" terminó. Vuelve a la aldea, en donde le acogerá el amor de su madre, en donde volverá a gozar de la vida... ¿A gozar? No, ya no; ya no podrá acostumbrarse de nuevo a aquel ambiente; ya no quiere someterse a ningún yugo; no quiere ser mandado por el toque de la sirena como lo ha sido hasta ahora, por disciplina, por el toque del cornetín. Jim sueña en otras cosas casi no concretadas todavía, en otra vida que le haga vivir, no vegetar como un ser sin voluntad y sin razón al que los demás tienen que guiar sus pasos.

La alegría inconsciente de sus compañeros, una alegría en la que

S O Y U N F U G I T I V O

hay mucha infantilidad; alegría pueril, de bestezuela joven que goza del sol, del aire, de la luz, de la libertad, le asombra como cosa inusitada.

El está contento, sí; pero ¿qué le reserva la vida? Y esta pregunta le pone taciturno, le hace contestar a desgana, secamente, a sus compañeros que le acosan a preguntas.

—¿Qué harás cuando llegues a tu pueblo? ¿Volverás a trabajar en la misma fábrica?

—No volveré a la fábrica—les responde—. Quiero ser algo más que el pequeño engranaje de una máquina. Seré constructor.

Los muchachos se ríen a grandes carcajadas.

—Como ha aprendido mucho en el Cuerpo de Ingenieros, cualquier día leeremos en la Prensa que James Allen, nuestro Jim, está construyendo un nuevo Canal de Panamá—dice un chusco. Y vuelven a reír en carcajadas estrepitosas.

Jim, serio, reconcentrado, con los puños apretados, como si amenazara en lugar de contestar, dice:

—Soy libre; no volveré a someterme a una nueva disciplina. ¡Os lo juro!

Y en sus ojos hay un extraño fulgor firme, resuelto, inquebrantable.

* * *

Hay fiesta grande en el pueblo. Vuelven los mozos que marcharon a la guerra cuatro años ha. Se fueron muchos; regresan muy pocos. Se mezcla la estrepitosa alegría de los que esperan a las lágrimas caílladas y doloridas de los que ya no

pueden esperar porque la muerte les arrebató lo que era suyo; pero que aún encuentran, agazapada en su dolor, fuerza para sonreír a los que vuelven aureolados por la gloria.

Al apearse, Jim se arrojó en brazos de su madre, besándola una y

otra vez y dejando que ella le estrechara con toda la presión que permitían sus débiles fuerzas. No otra cosa parecía sino que aquella buena mujer no acababa de convencerse de que le devolvían el hijo que tantas veces había llorado como perdido y que ahora le hacía sentir en el corazón una alegría loca, después de cuatro años de angustias y zozobras. Sólo al cabo de algunos minutos pudo Jim deshacerse de aquel abrazo para mirar a las demás personas que habían acudido a recibirlle. Allí estaba Clint, su hermano mayor, con todo el reposo y la gravedad que le daba su profesión de pastor de almas, y allí estaba también Alice, la amiguita de la infancia, que era todavía una niña cuando él partió y a quien encontraba ahora convertida ya en una mujercita.

—¡Alice! ¡Muchacha, no te habría reconocido!—exclamó Jim al verla.

—Sí, he crecido mucho—contestó ella—. A tí también te encuentro algo cambiado.

Jim asiente levemente y empieza a andar hacia casa ciñendo por el talle a su madre, la más dulce de las novias.

Jim se siente extraño en aquel ambiente que de pronto le envuelve y le absorbe como si quisiera restarle voluntad. No halla sentido a lo que le dicen. Son frases que perdieron para él toda expresión, palabras huertas, ideas viejas... Nada ha cambiado en aquellos años ¡y él ha cambiado tanto! Si respondiera tal como piensa, aquellas gentes sencillas le tomarían por loco. Jim se encuentra solo, infinitamente solo y extraño entre los que fueron sus amigos un día.

También ha ido a saludarle a la estación, a darle la bienvenida, su antiguo amo, el dueño de la fábrica, el señor Parker, que se ha dignado ir a recibir a uno de sus obreros, por deferencia a éste, por sus méritos adquiridos en la guerra. Es un gran honor; pero para Jim no representa nada la palabra *honor*; para él sólo tiene sentido real y alucinante la palabra *libertad*.

—Tu puesto en la fábrica te espera — ha dicho Parker—. Fuiste siempre un buen trabajador, te has portado como un bravo, yo no podía olvidarlo y espero que seguirás trabajando a mi lado como antes.

—¡Como antes! Ya nada puede ser como antes—contestó Jim, pe-

ro las miradas asombradas de los que le escuchaban le hicieron reaccionar y añadió—: Sí, sí, como antes, no sé... ¡quién sabe!

—Bueno, ya lo pensarás mejor. Ahora estás aún aturdido por el exceso de las emociones ¿verdad? Dejemos esto y cuéntanos todo lo que viste en la guerra.

—Todo?

Los ojos de Jim se dilatan por el espanto; se pasa una mano por la frente como para ahuyentar la espantosa visión.

—¡Todo!—repite en un suspiro amargo—. No alcanzaría una vida para ello.

Y se encierra en un mutismo agresivo.

La madre, extrañada ante el modo de conducirse de su hijo, al que no está acostumbrada, interviene:

—Agradece a Parker su generosidad, hijo mío, dale las gracias por haberte reservado tu puesto, por haberse acordado tí en el día de tu llegada.

Jim no hace ni un movimiento, está anonadado por el peso de tantos recuerdos que le asaltan y que chocan aun más vivamente al encontrarse en este círculo de gentes que no han visto, que nada sa-

ben de tantos horrores como a él le alcanzaron.

Parker se ha alejado con Alice y en el hogar se hallan solos Jim, su madre y Clint.

Clint, fiando en la experiencia que le ha dado su frecuencia de trato con las almas doloridas a quienes hay que llevar el consuelo y la calma, cree que aquella actitud de su hermano obedece simplemente a un pasajero estado de ánimo, y dice sentenciosamente:

—Está fatigado, mamá, y no sabe lo que dice ahora... pero mañana—añade dirigiéndose a Jim—ya descansado, te alegrarás de reanudar tu trabajo en la fábrica. ¡Soldado de paz, y no soldado de guerra!

Jim mira con asombro a su madre y hermano, que no comprenden toda la amargura de su alma de hombre derrotado, sus ansias de ser que quiere volver a resurgir, que no quiere sentirse atado por la cadena cruel de un destino sin lucha, El quiere vivir; no la lenta y monótona agonía de la vida de la fábrica donde todo está tasado, medido, previsto, fiscalizado. Le espira la rutina sin aspiraciones; no quiere sentir sobre él más mando

que el de su propio yo; no quiere ser una sombra, quiere ser un hombre. Trabajar, sí, pero en un trabajo en el que sus facultades se desarrollen, en el que pueda poner su iniciativa personal al servicio de la humanidad; un trabajo en el que pueda crear, construir, edificar, realizar todo lo que en su cabeza hierve impetuosamente. Los conocimientos que en el ejército adquirió le serán muy útiles, le harán hombre. Conoce bien todo cuanto a ingeniería se refiere. ¡Ha construído, y también destruído, tantos puentes en estos cuatro años! Eran, aquéllos, trabajos atrevidos, fantásticos, en los que la imaginación debía ir a la par con las ecuaciones matemáticas. Trabajos brujos, hechos rápidamente, para que los ejércitos pudieran avanzar con seguridad. Se proyectaban y se construían casi al mismo tiempo, se edificaban y se destruían a las pocas horas, cuando ya habían rendido el servicio que de ellos era exigido, a fin de que no pudiera el enemigo beneficiarse de la obra. Era éste un trabajo vibrante, intelectual, creador... era el trabajo que él quería seguir haciendo en la paz, como lo hizo en la guerra, po-

niendo en él lo mejor de sí mismo, todas sus ansias y sus fervores.

Pero su madre no le entiende y llora.

—Hijo mío — le dice —, cuatro años he estado esperando el momento de tenerte de nuevo a mi lado, viéndote como antes, contento, marchar al trabajo, regresar feliz trayéndonos a la mesa tu alegría ruidosa y sana, despertar nuestras risas con tu buen apetito y tu humor, con tus carcajadas frescas, con tu cariño sin restricciones. Cuatro años soñando en estas cosas para que, llegado el momento, me encuentre con un hijo que me habla un lenguaje que no entiendo.

—¡Madre, en el ejército se cambia tanto!

—Pero, dime, hijo: ¿tienes ya empleo en ese trabajo que tú dices? ¿Vas a dejar una cosa segura por la incertidumbre de un trabajo que no sabes si encontrarás? Aquí está tu hogar, no lo abandones. Vuelve a la fábrica, Jim. Tu vida se encauzará por el viejo cauce del que le hizo salir la tormenta; volverá la calma, renacerá la alegría, todo adquirirá el mismo ritmo.

Jim se repite en silencio las palabras de su madre... Tampoco él

la entiende. Hay entre los dos un abismo. Ya nunca podrán entenderse.

Sin embargo, Jim intenta renacer a aquella vida que se le antoja absurda, por amor a la pobre viejecita que tanta ilusión pone en la defensa de su idea. Acude a la fábrica. Su puesto es el mismo, al lado de la gran ventana por la que entra toda la luz del día. El trabajo no ha cambiado en nada, todo está igual. Pero el pensamiento huye, se aleja el espíritu, las manos yacen inactivas, el trabajo se le rebela, no puede concentrar su atención. Una detonación le sobresalta.

—¿Te has asustado? No es nada, están excavando para construir un puente sobre el río. Las oirás a cada momento —le dice su jefe, el señor Parker.

¡Construyendo un puente! Toda la magia de la ingeniería se le presenta de pronto más impetuosa. ¡Un puente! ¡Construir, crear! Por la ventana contempla largamente el lugar donde la obra va a construirse, todo el tráfico que allí hervе, y se queda como extático, sin acordarse ya más de su trabajo que en vano le espera.

En casa siguen sus divagaciones.

No come, está triste, serio, re incontrado. La madre y el hermano se miran, dolidos, sin atreverse a interrogarle, respetando aquel silencio que es para ellos como una amenaza de próxima ausencia.

Parker se impacienta ante la pasividad de su subordinado. Parker no ha sufrido la influencia de la guerra, puesto que ha vivido al margen de sus horrores, y por lo mismo no puede comprender al que vino de allí con ansias de regeneración.

Parker habla a la madre de Jim, le cuenta todas las deficiencias que encuentra en el trabajo de su hijo, de su falta de puntualidad, del poco interés que demuestra en las cosas de la fábrica, de los largos ratos que pierde, asomado al ventanal, en muda contemplación de las obras del gran puente. Le dice que sermonee a su hijo, que influya en él para que vuelva a ser el obrero activo de los pasados tiempos, porque de lo contrario se verá en la obligación, sintiéndolo mucho, de prescindir de sus servicios, ya que éstos no rinden en proporción al salario que se le da.

La pobre viejecita le cuenta a Clint toda la conversación sosteni-

da con Parker y los dos quedan preocupados, silenciosos. ¿Qué pueden ellos contra lo que apenas logran comprender, contra aquel cambio, que se les antoja brusco, y que ha sido el producto de los años pasados en las trincheras, experimentando por Jim?

—Debes hablarle, Clint—dice la madre—. Debes defenderle contra él mismo, debes intentar convencerle de lo que a él más le conviene.

¡Defenderle, sí! Pero ¿cómo? Con toda su alma luchará ella para no perder a aquel hijo suyo. ¡Suyo! Cuánto orgullo había en esta palabra. ¡Suyo! Ya no era suyo Jim; su Jim había quedado en las trincheras; allí había dejado su alegría, su paz, su contento de las cosas pequeñas que forman el hilo de una vida sin grandes anhelos. Sin embargo, le dolía perderle otra vez, quería guardarlo para ella hasta el último momento.

Cuando llegó Jim, el hermano mayor, casi con miedo, sin saber apenas cómo empezar, por temor a despertar su cólera, que ahora estaba siempre pronta a desbordarse, le dijo:

—Jim. Quiero hablarte. Ha venido Parker a hablarnos de ti; está

algo quejoso, dice que llegas tarde a tu trabajo, que estás distraído, que tus servicios han perdido la rapidez y pulcritud que antes tenían. ¿Por qué no te esfuerzas en ser otra vez lo que antes eras? ¿Por qué no cumples como antes cumplías?

—No lo puedo remediar. Es una fuerza superior a mí que me empuja hacia horizontes menos grises, hacia la libertad creadora.

—Tú estás enfermo, Jim... Si te cuidaras—terció la madre.

—No, madre, no; no estoy enfermo; pero aquí me ahogo. Nadie comprende cómo he cambiado. Desde que salí del ejército no logro ajustarme a este ambiente. No me gusta este trabajo. Soñaba con empezar una vida nueva, libre, y me encuentro esclavizado por la rutina, maniatado por lo que todos creéis que me conviene. El viejo cauce se ha hecho estrecho para mí. Os empeñáis en dictarme el porvenir; no comprendéis que para mí la vida es algo más que un empleo rutinario y la paz de una aldea. Necesito vivir. Yo solo seré quien trace mi porvenir.

A los oídos atentos de la viejecita sonaban estas palabras tan raro como si hubieran sido pronun-

ciadas en un idioma extranjero. ¿Qué podía haberle ocurrido a su hija para hacerle cambiar tan radicalmente? ¿Acaso no era antes feliz a su lado? ¿Por qué en adelante no habían de poder vivir la misma vida apacible de antes, siendo él como era un excelente operario a quien nunca había de faltar un empleo bien remunerado? No, ella no podría resignarse a ver a su hijo irse de nuevo ahora que sentía cada vez más próximos los días tristes de la vejez, de aquella vejez que allá en lo íntimo de su corazón había anhelado pasar al lado de sus dos hijos y—¿por qué no?—también al lado de la dulce Alice, en quien la simpatía y admiración que desde niña sintiera por Jim se ha-

bía ido convirtiendo en un amor naciente.

Sin embargo, había algo en su instinto de madre que le aconsejaba dejar que su hijo tratara de realizar sus aspiraciones. El era bueno, inteligente y trabajador, y no sería tampoco cosa del otro mundo que el destino le tuviera reservada mejor suerte.

—Quizás tengas razón, hijo mío —le dijo casi llorando—. Si tus anhelos te empujan hacia esas cosas que tú dices, no quiero que se me culpe de torcer el rumbo de tu vida. Vete a probar fortuna.

Y Jim partió seguido por los ojos llorosos de aquella madre querida a quien él esperaba poder ofrecer un día el fruto de sus esfuerzos.

* * *

Jim partió hacia lo desconocido, en busca del trabajo creador que le tentaba, pero cada vez que creía haberlo alcanzado, se le escurría

entre los dedos, como burlándose de él, como coqueteando con sus anhelos de hombre, para hacer más viva y más ardiente la tentación.

Jim llamó a muchas puertas en busca de trabajo. En todas partes se le contestaba lo mismo: "Hay sobra de personal; están todas las plazas ocupadas; no tenemos trabajo"... Le hablaban acremente, con dureza, como si fuera un crimen solicitar trabajo. Y los días pasaban y pasaron las semanas sin que pudiera hacer ni un solo jornal y el hambre estaba allí, amenazadora, hosca, acechando al iluso de la libertad y atenazándolo con la peor de las esclavitudes: con la miseria. Pero Jim era un esclavo rebelde, dispuesto a disputarle a zarpazos la vida en la que ya el hambre había hincado sus uñas. ¿Por qué iba a renunciar a ser un hombre como los demás? ¿Qué ley humana ni divina podía imponerle que él fuera un pobre hambriento mientras otros vivían ahitados? Jim vagó de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, persiguiendo su ideal. Estaba fatigado, dolorido, famélico. Recorría a pie kilómetros y kilómetros, siguiendo las vías del ferrocarril. El traje roto, sin suelas los zapatos, sangrantes los pies, aquellos pies a los que el ansia de hacerse hombre, hombre en el pleno uso de su libre

albedrío, llevaba siempre, incansablemente adelante.

Sólo unos días trabajó, unos días después de cuatro largos meses. Había gastado todo lo que tenía. Unicamente le quedaba la medalla ganada heroicamente en sus tiempos de soldado de la gran guerra. Le habían elogiado tanto aquella medalla, había despertado con ella tanta admiración y envidia entre sus compañeros de armas, que Jim había terminado por creerla una joya de mucho valor. La buscó afanosamente en el fondo de sus bolsillos y se dirigió a una casa de empeños donde seguramente le darían por ella algunos dólares. El dueño de la tienda, por toda respuesta, enseñó a Jim una vitrina donde yacían, olvidadas y polvorrientas, varias docenas de aquellas medallas, que nunca habían despertado el menor interés a ningún comprador. Era una mercancía que no tenía circulación en el mercado. Habían cumplido su misión de crear un ambiente artificioso de honor y de heroísmo que había de hinchar los pechos de los combatientes para que siguieran luchando con ardor en defensa de mil intereses ocultos y mezquinos. La mis-

ma sociedad que durante los aciagos días de la guerra llamaba "héroes" a aquellos hombres de las trincheras y prometía velar por su bienestar durante el resto de su vida, los tenía a los pocos meses completamente olvidados, manteniéndose sorda a sus voces en demanda de pan y de trabajo.

Al salir de la tienda del prestamista, Jim fué a un bodegón, donde pudiera reponer un poco sus fuerzas. Se apoyó en una columna de madera y desde allí vió a un hombre que hacía solitarios para matar el tedio que le consumía. Al ver a Jim, el desconocido, comprendiendo su situación, le dijo irónicamente:

—¿Quieres comer?

—¡Que si quiero comer! Ya casi he olvidado masticar...

—Te pregunto si quieres comer. Conozco al dueño de un pequeño restaurante que es blando de corazón y que no pondrá reparos en socorrernos. No es la primera vez que lo hace conmigo. ¿Vamos?

Jim creyó de buena fe las palabras de Pete, que así se llamaba el desconocido. Salieron juntos en dirección al restaurante de Mike, que estaba cerca de allí. El aspecto del

dueño era simpático y la tienda estaba bien repleta de provisiones. Pete suplicó a Mike les diera algo con que calmar su hambre, y cuando el buen hombre, no sin murmurar, les iba a servir una ración caliente, Pete empuñó un revólver, amenazando a Mike que, asustado, alzó las manos. Sorprendido y aterrizado por aquella inesperada agresión, Jim quiso escapar; pero Pete apuntó contra él con rapidez.

—¡Cobarde! — le dijo —. ¡Abre la caja y roba todo el dinero que encuentres, y no hagas el menor intento de huir, porque te descerrajo un tiro!

Jim obedeció, intimidado por aquel arma que seguía todos sus movimientos pronta a dispararse a la menor vacilación; abrió la caja, y en el preciso momento en que iban a huir, entró la policía.

Pete se revolvió contra ellos, pero un tiro seco, disparado por uno de los agentes, contestó a la amenaza de agresión de Pete, cayendo éste exánime, bañado en su propia sangre.

Jim pretendió escapar, pero fué detenido por otros policías al acecho, maniatado y llevado a presencia del Jefe Superior de Policía.

La escena fué tan rápida que Jim apenas podía recordar lo que había pasado y sus respuestas estaban llenas de contradicciones, porque le preguntaban tantas y tan distintas cosas que, aturdido como estaba por lo inesperado de todo lo ocurrido, no sabía qué contestar. Todas las pruebas le acusaban. Le habían cogido en flagrante delito. Le encontraron el dinero robado en los bolsillos de su chaqueta. No pudo negar, no pudo defenderse. No creyeron lo que les contaba. Y Pepe, el único que hubiera podido atestiguar su inocencia diciendo cómo había sido engañado, estaba muerto, mudo para siempre.

Era lo único que Jim veía con claridad: estaba indefenso, en manos de la justicia de los hombres. ¿Cómo juzgarían su error? ¿Le condenarían como culpable? ¿Le absolverían ante las circunstancias atenuantes de su hambre, de su miseria, de su desesperación?

La justicia de los hombres fué fría, severa, cruel. Juzgó mirando sólo las pruebas acusadoras, sin tener en cuenta ningún atenuante, sin indagar en el alma del reo, de aquel hombre hecho como ellos,

amasijo de sentimientos, de esperanzas, de dolores. ¿Qué diferencia había entre los que le juzgaban y él? Ninguna más que ellos eran dueños del poder y él estaba oprimido por el peso de los que llevaban a la práctica, sin escrúpulos, todos los artículos de las leyes penales que condenan con severidad a todo el que las infringe, sin mirar el origen del crimen, sin poner distingos, a todos igual, al malhechor empedernido lo mismo que al que la vida, en su vertiginoso rodar, pusiera en el trance de cometer una felonía.

Así fué la justicia de los hombres.

El Tribunal manifestó que un ladrón, un criminal, cogidos en flagrante delito, son seres perniciosos, son una amenaza para la sociedad, y hay que eliminarlos, aunque sea temporalmente. ¿Qué importa saber las circunstancias que les han arrastrado a ello? ¿Qué importa conocer el estado psicológico y aun patológico del reo? La ley no habla de tales sutilezas. El Código Penal no tiene alma. Es frío; castiga duramente sin mirar a quién hace sentir el peso del castigo.

Jim fué condenado a diez años de trabajos forzados y se le tras-

ladó al Penal de Marritt, en el Estado de Georgia.

* * *

Le rasuraron la cabeza, le vistieron su uniforme de presidiario, le calzaron los duros grilletes, que lastimaban los miembros y hacían el andar dificultoso y lento. Jim les dejaba hacer, ceñudo y sombrío como nunca, sin musitar ni una palabra. Los carceleros bromeaban y reían a su costa.

—Anda, muchacho, te toca el 13. ¡Bonito número! El número de la buenaventura. Cuélgatelo de la nariz para que la suerte lo vea más pronto.

La mirada de Jim se hacía cada vez más hosca, amenazadora. Ella sola les impuso silencio.

Los primeros días no hablaba con nadie. Soportaba mal la convivencia con todo aquel hacinamiento de hombres. Le subía a la garganta una ira sorda que le incitaba

a gritar, a escupirles a todos en el rostro su rabia de fiera enjaulada. Y para no hacerlo callaba, callaba siempre. No comprendía cómo sus compañeros podían reír y bromear, cómo no se rebelaban ante el trato inhumano que les daban sus vigilantes. ¿Era aquello vivir? Les trataban peor que a animales inmundos. El primer día, en el refectorio, hambriento como estaba, apartó con repugnancia la escudilla que le ofrecieron. Su vecino de mesa le dió un codazo:

—¡Tonto! Acostúmbrate desde hoy—le dijo—. Vete haciendo al paladar. ¿No ves? Aceite de algodón, sebo y piltrafas. Así es hoy y así será mañana. Todos los días tenemos el mismo succulento banquete.

Jim no probó bocado. Aquello

apestaba; ni en los peores días de las trincheras, cuando ya todo se había consumido y tenían que comer lo que podían, les habían dado un rancho infecto como aquél. En la aldea ni los cerdos comerían aquella porquería.

Por la noche volvieron a presentarle la misma escudilla, el mismo pan negro, duro, mal amasado, que más parecía una esponja muy usada que un pedazo de pan.

—¿No te lo decía? Ya tienes aquí tu segundo banquete. No te pongas terco. Si no comes te llevarán al calabozo y estarás ocho días a pan y agua. Tú verás lo que te conviene—le advirtió el mismo vecino que ya le había hablado en la primera comida.

Jim cerró los ojos, muy apretados, como si quisiera meterse dentro de sí mismo para no volver a salir nunca más y empezó a comer procurando disimular su repugnancia. Su compañero tenía razón. Debería acostumbrarse a tantas cosas peores aún! Aquello era sólo el principio. La vida del presidio le haría sentir todos sus rigores. Y se miraba las manos cargadas con pesadas esposas; los pies trabados con gruesos grilletes, y pensaba que no

era posible que allí acabaran sus ansias de libertad. Sufriría todos aquellos horrores, una, dos, tres semanas; quizá menos, quizá más; pero escaparía, huiría aunque le mataran. No se sometería con la pasividad de sus compañeros. No esperaría, contándolos uno a uno, todos los días que formaban los diez años de su condena. ¿Cómo podían esperar los otros? ¿Por qué se sometían? No eran hombres, eran animales acorralados. Tenían lo que se merecían. Si no sabían enfrentarse con sus verdugos, les estaba bien empleado el bárbaro yugo que soportaban. Pero él no era como los demás, él no doblaría la cerviz. Era un hombre; un hombre con los mismos derechos que los otros. No era culpa suya la crueldad con que le trataría la vida. Pero también se encararía con ella. Su voluntad era firme, su tesón fuerte. El presidio le tenía esclavizado, pero él no era su esclavo.

Cada día, por cuadrillas, salían a trabajar. Iban en camiones. Antes de salir, cada cuadrilla era uncida a un grillete común. Una cadena larga que les unía unos a otros y que les dificultaba aun más la marcha. La cuadrilla encadenada subía

al camión y partían hacia el lugar del trabajo a picar piedra.

Durante las breves treguas bromearían unos con otros, alardeaban de sus crímenes, hacían bromas obscenas. Muchas veces los guardianes, con un latigazo en los labios les imponían silencio por un rato. Pronto, sin embargo, los que no habían sido castigados reanudaban la charla.

—Oye ¿no sabes? Van a traer pronto a uno que mató a cuatro—dijo uno de los presos a Jim.

—Entonces dejarás de ser tú el primero, porque tú sólo mataste a tres—repuso otro, dirigiéndose al que había hablado.

—Que lo lleven a otra galera. A mí no me gana nadie.

—Mató a su mujer, a su cuñada y a su suegra, de noche con un hacha—explicó a Jim el otro penado.

—Claro, hombre! Eso fué educación. No quise molestar a los vecinos. Y a ti, trece. ¿por qué te han traído?

—Por estar mirando un bisté un día que tenía mucha hambre.

Esta réplica fué acogida con gran carcajada por los dos compañeros que estaban junto a él.

—Vamos, hombre, estás entre amigos. Cuéntanos la verdad.

Jim ya no respondió. Se había encerrado de nuevo en su mutismo. Necesitaba huir, huir, no sabía cómo, ni cuándo; pero huiría.

El trabajo era duro, fatigosísimo. Aunque les dejaban libres las manos, los pies sostenían con pena el peso del doble grillete. El cuerpo se doblaba por la fatiga; los ojos se nublaban por el sudor copioso que manaba de las frentes. No había ni el derecho a proferir una queja, porque en seguida el fuetazo seco y rápido de los verdugos sellaba los labios, avivando el odio en los corazones.

Pero el penal era para castigar, no para reformar, y los que tenían en sus manos las vidas de todos aquellos hombres encadenados, indefensos, sin voluntad, aplicaban el castigo sin compasión, duramente; no importaba que fuera merecido o injusto. Si por un momento el cuerpo, dolorido, se enderezaba para desentumecer los miembros, la rígida vara del capataz descargaba en la espalda tan rudo golpe que las costillas quedaban resentidas muchos días. Y les animaban al tra-

bajo con palabras que herían más que puñaladas.

—¡Trailla de perros sarnosos, a trabajar!

La cuadrilla encadenada se estremecía con un común sentimiento de rencor y de odio. Los picos se clavaban con rabia en la piedra dura, como una venganza, los ojos enrojecían por todas las blasfemias que no salían de sus bocas enmudecidas por el terror.

Jim, el primer día, desconocedor aún del trato inhumano, salvaje, que les daban los capataces, débil aún por toda el hambre pasada, abrumado por un trabajo fatigosísimo, sintió que le faltaban las fuerzas y se pasó el pañuelo por la frente.

—¿Qué haces, perro? —gruñó el capataz.

—Me secaba el sudor.

—Tienes que pedir permiso para secarte, maldito animal!

—Ya ves —le murmuró Bomber, que era el reo que estaba más próximo a Jim—. Tienen que permitirte sudar...

El varazo que descargaron sobre la cabeza de Jim le hizo manar copiosa sangre de la nariz.

A Jim se le nublaron los ojos.

—Me siento enfermo —dijo.

—¡A puntapiés te quitaré la enfermedad! —rugió el capataz, haciendo efectiva la amenaza.

Y Jim rodó al suelo sin sentido.

Por la noche, Bomber le había dicho:

—Ahora ya sabes lo que es la vida del penal. Así será cada día, hasta que cumplas. Y no te insurrecciones, porque entonces te irá mucho peor. Tú no sabes lo que es el calabozo, ni las torturas a que nos someten cuando, hartos de los malos tratos que nos dan, les decimos las verdades.

Jim no durmió en toda la noche. ¡Diez años! ¡Diez años de aquella vida espantosa, de martirio, de bestia de carga maltratada y hambrienta! Eso sería para los otros, para los que sabían adaptarse a aquella残酷, para el rebaño que se resigna; pero no para él. No iba a abandonar ahora sus ansias de libertad, ni a renunciar a ser hombre durante diez años para que, pasados éstos, hubieran muerto sus anhelos, los pocos que la guerra dejará en pie. Era preciso huir. Sería esto su obsesión constante, su pesadilla, hasta conseguirlo. Para ello sería un buen presidiario, del que

nadie pudiera sospechar; trabajaría con firmeza, sin vacilaciones, sin quejas, sin desmayos. Se haría bien ver de todos sus superiores, sin llegar nunca a la rastrería, a las bajezas que había visto cometer a otros presos sólo para lograr una mejor ración en la comida o un trabajo más sosegado. Rebajarse ante sus verdugos, adularles, nunca; engañarles, escondiendo, agazapadas en el pecho, sus ansias de redención, trabajar para su libertad, eso sí.

Aquella noche de reflexivo desvelo devolvió a Jim su fortaleza de ánimo. Trabajó como el mejor. Sus labios no se abrían más que para contestar a alguna broma inocente de sus compañeros. Seguía taciturno y serio, pero era la mascarilla con que disimulaba sus continuas observaciones para planear, sin que se le escapara detalle, su huída.

Sus compañeros, que al principio se burlaban de él, pronto le respetaron, con ese respeto que inspira siempre la nobleza de ánimo. Reconocían, ignorando de qué provenía, la superioridad de Jim sobre ellos. Y es que ellos eran el rebaño, Jim el hombre, el hombre que se sabía merecedor de respeto y

consideración; que no podía ni quería sentir sobre sí la planta despiadada y orgullosa de aquellos a quienes la vida colocara injustamente encima de él.

No podía supeditarse a una diferencia de clases hecha de manera tan cruel, por hombres sin entrañas, cuya única fuerza era el dinero o el poder.

¡Quién sabe a cuántas bajezas habrían descendido para alcanzar sus altos puestos los que se atrevieron a juzgarle tan villanamente a él, un hombre como ellos, mejor que ellos, puesto que contaba únicamente con sus propias fuerzas para salir de la espantosa esclavitud a que le había conducido la vida!

Conoció muy pronto la dura rutina, las leyes rígidas, los castigos espantosos que se imponían a los que las violaban; todas las miserias y todos los horrores de aquel lugar.

Trabajaba diez y seis horas diarias. Sus compañeros de cadena eran Red, Bomber, Wells, Barney, Sebastián, un gigantesco negro, feoz de aspecto, pero con alma de niño, y algunos otros más.

Un día Red estuvo flojo en el trabajo; se sentía cansado, enfermo,

no podía levantar el pico, ni mover la pala. El guardián le amenazó varias veces con el castigo; pero Red replicó:

—¡No me importa lo que me hágais, ojalá me matarais de una vez, así acabaría con esta vida de perro!

Al regresar a la penitenciaría, el guardián acusó a Red de vago y deslenguado, diciendo que le había insultado.

El castigo fué duro. Le desnudaron la espalda y lo azotaron hasta que la sangre manó en abundancia de las heridas.

Jim quiso intervenir, defenderle, pero Bomber, su mejor amigo, le contuvo, evitando que pasara una catástrofe. Sin embargo, no pudo evitar que le castigaran también a él severamente por haberse atrevido a jugar a los que sólo cumplían fielmente las leyes por las que se regía el penal.

Había un placer sádico en la cara del verdugo que descargaba los golpes en las espaldas dolidas. Cuando acabó con Red, cuando ya le dejó como muerto, se adelantó hacia Jim, y le dijo con una sonrisa endemoniada:

—Ahora te toca a ti el turno. Así aprenderás a ver y a callar.

Otros hombres habían muerto con menos azotes de los que le dieron a Jim, pero Jim vivió y el odio creció en su alma.

Así pasaron los meses, sin variación ninguna, sin que nada viniera a turbar aquella vida atormentada.

Sólo la esperanza de escapar de aquel infierno daba ánimos a Jim. Ponía en su mirada un extraño brillo, un brío inusitado en todos sus miembros, un vigor como nunca se había conocido.

Bomber era su confidente y a él contaba sus ansias de escapar.

—Sólo hay dos medios de escapar — le decía siempre Bomber —: trabajando hasta cumplir la condena, o muriéndote si no puedes resistir la fatiga.

Pero Jim seguía alimentando secretamente su más cara esperanza, persiguiendo la idea de escapar de otro modo que no fuera ninguno de los dos que Bomber mencionaba.

—Puede que llegues a encontrar el medio de huir — le dijo al fin Bomber viéndole tan decidido.

—Pero tienes que planear bien la huída para que no te falle. Necesitas romper las cadenas, burlar vi-

gilancia de los guardias, ponerte fuera del alcance de sus balas; despiistar a los sabuesos que con su olfato todo lo descubren...

—Sí, ya sé que son muchos los obstáculos que se me ofrecen; pero yo sabré vencerlos todos.

—Es preciso que vigiles, que espíes. Quizá tengas que aguardar un año, acaso dos; pero si tienes voluntad llegarás a alcanzar lo que deseas... voluntad y valor.

—Tendré ambas cosas — afirmó Jim, resueltamente.

Jim se afanó más y más en el trabajo con el ansia de hacerse fuerte para el día de la huída.

Procuró evadir los coros en donde se cuenteaban los chismes del penal. Se apartaba de los que le infundían sospechas como traidores. Todos le daban miedo; sólo se fiaba de sí mismo, pero también comprendía que para realizar su empresa necesitaba de alguien que le ayudara.

Necesitaba perseverar, dejar pasar el tiempo y observar siempre. El caso era no errar el golpe, tener la máxima seguridad de no fracasar en la empresa. El fracaso representaría una sobrevigilancia, la

condena a cadena perpetua, el encierro en el calabozo.

El calabozo era un cuartucho infecto, oscuro, maloliente, lleno de parásitos, con el techo tan bajo que no se podía estar en él de pie, era preciso andar con las manos apoyadas en el suelo, como los animales, y a los que encerraban allí les tenían a pan y agua quién sabe cuántos días. Cuando salían del calabozo, los que lograban salir, parecían espectros, seres venidos de un mundo de pesadilla. Jim había oído contar cosas espantosas de aquel lugar al que se nombraba bajando la voz, y no quería caer en él por una imprudencia.

Pasaron los meses, pasó un año. La vida era cada día igual, con la enervante monotonía de los lugares regidos por una disciplina implacable. Salían todas las mañanas, al apuntar el sol, cada cuadrilla en un camión distinto, en una galera, como decían ellos, en diversas direcciones, hacia los puntos donde el trabajo les aguardaba.

Sebastián, el negro, obrero hábil y forzudo, era el mejor forjador de todo el penal, el que con más destreza y agilidad manejaba la mandarria, y Jim no cesaba de mi-

rarle cuando partía las piedras en la pedrera, con precisión matemática...

Entretanto llegó el día en que Barney iba a ser puesto en libertad.

Fué un día de júbilo y tristeza al propio tiempo en el penal, como siempre que alguno de los condenados llegaba al término de su pena.

Barney se había hecho querer de todos por su carácter franco y jovial. Le veían partir con añoranza; perdían un buen amigo y, aunque se alegraban de que por fin quedara en libertad, lamentaban perderle.

Bomber, al ver partir a Barney, que no sabía andar una vez libre de las argollas, murmuró a los compañeros que se agolpaban a la ventana para despedir con los ojos al camarada que salía:

—Ya veis que, por larga que sea la pena, ésta se acaba. Barney es una prueba viva de que se puede salir de aquí. Yo también lo haré, cuando cumpla mi condena: cuatro días, doce semanas, siete meses ¡y doce años! Ni uno más ni uno menos. Cuenta justa. También vosotros, si sabéis aguardar con pa-

cienza, lograréis vuestra libertad.

Al propio tiempo que Barney era puesto en libertad, abandonaba el penal el pobre Red, que había muerto... y sobre cuyo tosco ataúd, que reposaba en un carro de carga, se sentó aquél, como la cosa más natural del mundo... ¡y era que aquellos infelices tenían embotados los sentimientos!

El penal, después de la partida de Barney que había roto por breves momentos la monotonía de su vida, adquirió otra vez su acompañado palpitar.

Jim aguardó con paciencia algún tiempo más, madurando siempre su plan. Estaba resuelto a todo, menos a seguir soportando aquella vida de esclavo.

Bomber, que estaba en el secreto, se sentía animado por el mismo fuego que a él le encendía. Ni el propio Jim sabía cuándo ni cómo se realizaría la fuga, y ambos sentían una mezcla de temor y de esperanza, como si fuera cada uno, individualmente, el que tenía que realizar la ardua empresa, difícil y peligrosísima, de escapar del penal.

Aun transcurrieron más días llevándose consigo algunas semanas,

S O Y U N F U G I T I V O

Cumplieron dos años desde el día que Jim se viera encerrado, por una injusticia del destino, en aquella cárcel sombría que le pesaba más que una tumba.

Sus planes estaban ya completamente trazados. Todo estaba en ellos previsto y estudiado.

—¿Cuándo es el día? —le preguntó Bomber.

—El lunes.

—Muy bien. Así tienes todo el

domingo para descansar y podrás correr con más ímpetu. ¿Tienes dinero?

—Muy poco, pero eso no importa.

—Puedo darte siete dólares.

—¡Oh, no! Guárdatelos. Los puedes necesitar...

—Tómalo. Más los necesitarás tú.

—Bien, gracias, buen Bomber.

* * *

Construían en aquellos días los peñados un camino férreo que cruzaba un bosque. Era preciso derribar árboles, abrirse paso entre la maleza, adentrarse en la selva.

El plan de Jim era que Sebastián, el negro, le doblara los grilletes que le tenían sujetos los pies, fingiendo pegar contra los hierros que unían una vía a otra. Claro que el trabajo era delicado y difícil; pero él tenía confianza absoluta en

la destreza del negro y, después de esto, ya sólo debía confiar a la agilidad de sus piernas el éxito de su fuga. Y el negro había realizado su misión rápida y eficazmente, sufriendo Jim casi milagrosamente el dolor de los golpes. Todo iba bien, pues al regresar al penal, el guarda que inspeccionaba las cadenas no se dió cuenta de nada.

Llegó el lunes, la cuadrilla encadenada salió, al alborear, camino

de su trabajo. Nadie sospechaba la coartada que tenía preparada Jim. Su rostro estaba, como de costumbre, hermético y sombrío.

Cuando creyó oportuno el momento, hizo una seña a Bomber, que estaba encargado de distraer al guardián, y pidió permiso a éste para la realización de una necesidad fisiológica.

—Concedido, pero date prisa— le respondió el guardia, desde su atalaya.

Jim se ocultó entre las malezas y se quitó rápidamente, no sin gran esfuerzo, los grilletes y emprendió una rápida carrera internándose en el bosque vecino, pero el guarda, viéndole huir, disparó su fusil y se organizó una encarnizada persecución con los terribles perros, que siguieron certeramente la pista del fugitivo.

Jim corría desesperadamente, perseguido por los ladridos de los sabuesos que venían pisándole los talones. Se veía perdido si no lo graba dar con un refugio seguro. ¿Qué hacer? ¿Dónde esconderse en aquellos momentos de peligro y de angustia?

Un río cruzaba el bosque, él lo sabía porque muchas veces se ha-

bían detenido a beber en él los prisioneros, rendidos por la fatiga y abrasados por el sol.

Como un gamo corrió en busca del agua bienhechora, seguido cada vez más cerca por los perros y por los hombres. Se sumergió en el agua, después de haber arrancado una larga caña que, como un tubo de aire, le permitiera respirar aunque tuviera que permanecer mucho tiempo sumergido. Un extremo de la caña estaba introducido en su boca, el otro asomaba apenas en la superficie de la corriente, dándole así el oxígeno necesario para no perecer ahogado.

Los perros llegaron a la orilla, seguidos por los cazadores. En vano olfatearon en todas direcciones, en vano buscaron por todas las grandes matas y los herbales; el agua les había hecho perder la pista.

Jim oía las blasfemias que proferían sus perseguidores, que habían creído por un momento vencer pronto la resistencia del fugitivo y que se encontraban ahora sin saber qué dirección tomar. Los minutos se le hicieron siglos; le parecía que el tiempo se había detenido

para hacerle sentir con más intensidad la angustia del momento.

Uno de los perros olfateó un falso rastro, siguió por él afanoso arrastrando tras sí a los demás y en pos de ellos a los hombres. La ribera quedó silenciosa. El ruido de las voces se fué perdiendo en la lejanía.

Jim esperó todavía algún tiempo, luego se aventuró a salir a la superficie, con toda clase de precauciones. Sobre una cuerda de un patio de granja estaba tendida a secar la ropa de algún trabajador. Jim se apoderó de aquellas míseras ropas, se vistió con ellas, y evitando todo encuentro peligroso reemprendió de nuevo su marcha.

Viajó furtivamente, huyendo de las estaciones ferroviarias, escondiéndose cada vez que veía a un agente de la autoridad, prefiriendo recorrer de noche los caminos, con el oído alerta, el ojo avizor.

Así llegó por fin a una ciudad lo bastante grande para que le diera refugio por unas horas sin temor a despertar sospechas.

Entró en una peluquería para que le rasuraran la barba, crecida en todos aquellos días en que ha-

bía vivido más como una fiera que como un hombre.

Allí oyó hablar de su fuga, entre el peluquero y un viejo guardia, pero no fué reconocido. Por prudencia, salió tan pronto como pudo de aquella peluquería que le resultaba peligrosa, cambió de ropas en una sastrería, y buscó la casa de Barney, cuya dirección le diera Bomber, para pedir en ella hospitalidad y descanso.

Barney, que regentaba un cabaret de baja estofa, le recibió con grandes muestras de alegría.

—Te felicito, chico, por tu audacia. Estoy satisfechísimo de que le hayas dado en las narices a toda aquella raza de canes del penal. Así verán que no todos somos corderos, que siempre hay uno que se venga por todos los demás.

—¿Crees que aquí estoy seguro? —le preguntó Jim.

—Por el momento, sí. La policía no vendrá a buscarte tan pronto.

—Eso creo yo también, pero el sobresalto no me deja vivir tranquilo.

—Cálmate, muchacho, y descansa tranquilo. Aquí encontrarás todo lo que en el penal tanto deseábamos. Hasta una buena compañía

te voy a proporcionar—añadió haciendo una mueca picaresca—. Después de dos años de abstinencia, creo que no te vendrá mal.

Salió un momento y volvió a entrar casi en seguida en compañía de una muchacha bonita y alegre.

—Te presento a Jim Allen, un amigo del presidio que se acaba de fugar—dijo Barney a la mujer.

—Oye, olvida lo que te acaba de decir Barney—añadió Jim, mirando con cierto recelo a la muchacha.

—No temas — dijo Barney—. Linda es una mujer prudente que está acostumbrada a todas estas lides.—Y dirigiéndose a la que había llamado Linda, le recomendó: —Trátalo bien, dale toda la comida que desee y no le escatimes el vino, es mi huésped y quiero que no le falte nada. ¿entiendes?

Linda sonrió. Iba ceñida con un ligero vestido negro que acentuaba la voluptuosidad de su cuerpo perfecto. Había en su rostro una expresión de sensualidad, que fué dulcificándose, tornándose de pronto en admirativa contemplación.

—Debe ser muy difícil escapar del penal, ¿eh? — exclamó, mientras acariciaba la cabeza de Jim.

—Más difícil será no volver a

caer en él—respondió él, con cierta amargura en la voz.

—¡Eres admirable!—dijo la mujer, sinceramente asombrada de estar junto a un hombre que había logrado escapar del lugar del que tantos horrores había oído contar a muchos de sus compañeros.

Jim la contempló. Hacía, en verdad, mucho tiempo que no veía a una mujer. Ahora se encontraba de pronto con una muchacha bonita, fácil, en la más completa soledad. Pero estaba rendido física y moralmente por aquellos días de angustia y desasosiego. Lo que necesitaba era descansar, dormir tranquilo, recuperar las fuerzas perdidas para seguir lo más pronto posible su marcha.

Linda le comprendió con una sola mirada. Le besó dulcemente y se alejó de puntillas, para no turbar con sus pasos el sueño que ya cerraba los ojos de Jim.

A la mañana siguiente Jim se dispuso a seguir su camino. Linda le despidió, como se despide a un amigo conocido de largo tiempo.

—Toma — le dijo poniendo en su mano algunas monedas—. Pueden hacerte falta y yo no las necesito.

Jim partió, conmovido por la buena acogida de Barney y por la inteligencia que había demostrado tener aquella mujercita que le tratará con tanta deferencia.

El anhelo de Jim era alejarse cada vez más del lugar en donde había sufrido tanto y perder así toda probabilidad de que la policía pudiera darle alcance.

Siguió adelante, sin detenerse más de un día en ninguna población, rehuyendo las conversaciones con extraños, procurando no atraer sobre sí la atención de las gentes, pasando inadvertido para que nadie pudiera sospechar ni reconocerle.

Cuando ya no temió tener encuentros peligrosos se decidió a viajar por ferrocarril. Sus fuerzas estaban agotadas. Tomó el tren que conducía a Chicago, procurando pasar de un Estado a otro para tener el amparo de otras leyes, para no temer nada y poder reedificar su vida con el trabajo y la buena voluntad que siempre le habían animado.

Cuando el tren se puso en marcha y se sintió seguro, porque nadie le hacía temer ser descubierto, pensó con gratitud en los que le ha-

bían ayudado en su fuga quedando ellos prisioneros para quién sabe cuánto tiempo más, y a los que nunca podría testimoniar su reconocimiento.

También dedicó un cariñoso recuerdo a Linda y a Barney, los dos buenos amigos que le habían amparado tan desinteresadamente, y cerró los ojos para mirar dentro de sí y tratar de ver lo que el destino le tenía reservado en lo sucesivo.

Pero al ir a subir al tren creyó que iba a ser detenido por los que tenían la orden terminante de hacerle imposible la fuga, mas esta vez la casualidad vino en su ayuda poniendo en su camino a un infeliz vagabundo que viajaba entre topes y que fué detenido creyendo que era él, confusión que, pese a los recelos del revisor del tren, le permitió llegar a Chicago sin contratiempo.

Chicago le ofrecía la seguridad que dan las grandes capitales en donde se puede pasar inadvertido para las gentes toda una vida. Por esto la había escogido con preferencia a otras, y también porque era una ciudad muy industrial que acaso le permitiría encontrar rápidamente trabajo.

Allí la suerte, casquivana y coqueta como una mujer, atraída por su audacia, comenzó a favorecerle. Encontró muy pronto trabajo en las obras de un puente. Entró como jornalero. Se hizo llamar Allen James, para no usar el mismo nombre que figuraba en las fichas policías. Su conducta y la eficacia de su trabajo hicieron que pronto se le elevara al rango de capataz y entonces, con un jornal ya respetable, buscó un lugar donde vivir decentemente; una pensión modesta, que no estuviera demasiado alejada de su trabajo, que fuera limpia y alegre.

Le hablaron de una señora que tenía una habitación disponible. Fué a verla. Era, en verdad, lo que él había soñado. Una habitación clara, alegre, muy aseada. La patrona, una mujer joven y bonita, alababa las excelencias de su casa, como buena negociante que ensalza el género para mejorar los precios del mercado.

—Tendrá usted mucho sosiego, porque la casa es muy tranquila y la calle muy tranquila. Además, como tiene este gran ventanal, tendrá mucha luz para trabajar y podrá expandir la vista en los momentos en que necesite reposo.

—Sí, la habitación me gusta mucho, pero ¿cuánto renta?

—Veinticinco dólares mensuales. Es muy barata.

—Es más de lo que puedo pagar. Lo siento, porque me agrada el sitio. Queda cerca de mi trabajo.

—También lo siento yo. Me gustaría poderla alquilar a un caballero como usted; a una persona decente. No me gustaría meterme en casa a un cualquiera. Usted no sería un extraño en la casa, tendría un trato familiar. ¿Cuánto daría usted por ella? Si se la dejara en veinte...

—Entonces me la quedaría.

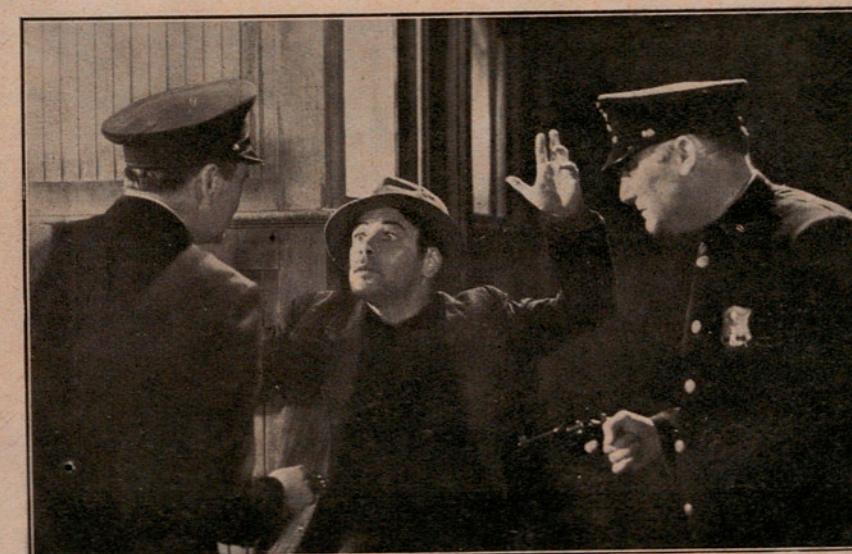
—Pues así, trato cerrado. Está usted en su casa.

A la patrona le había gustado acaso demasiado el huésped y puso, para convencerle, sin que él lo notara, toda la coquetería de sus ojos y de sus maneras suaves, de gatita dulce y buena.

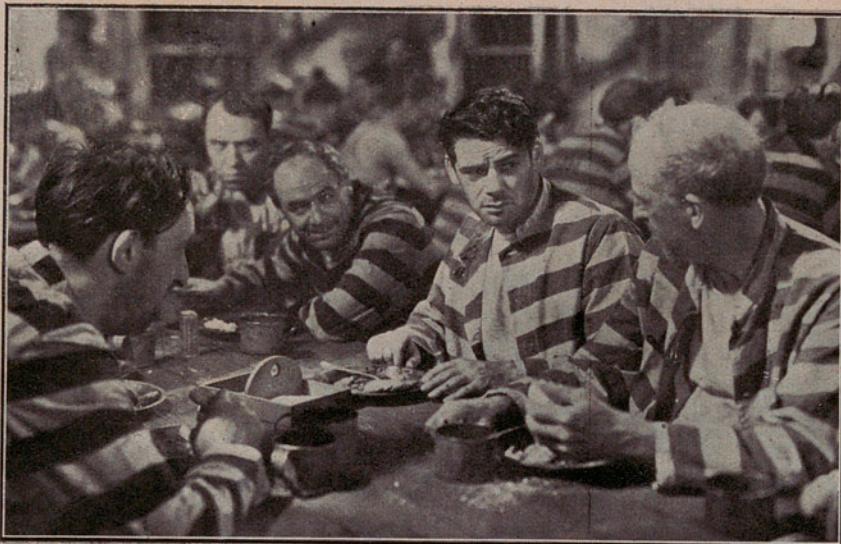
Jim no se dió cuenta de todo el manejo de su patrona. Le gustó la casa y esto bastó para que en ella se instalara sin recelos, lleno de esperanza. Por fin era un hombre en el pleno uso de su libertad y de sus facultades. Trabajaba con fe, con entusiasmo. En las horas libres, es-



Jim obedeció... X

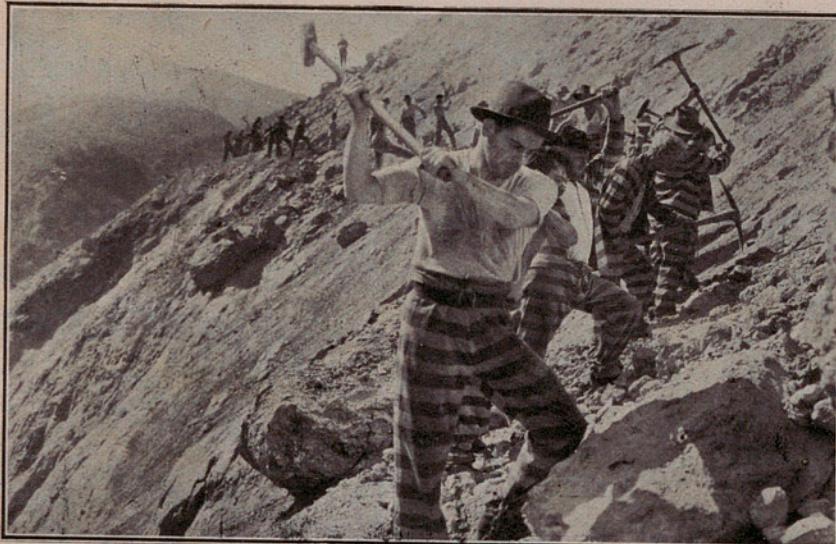


Jim pretendió escapar, pero fue detenido... X



—Acostúmbrate desde hoy...

X



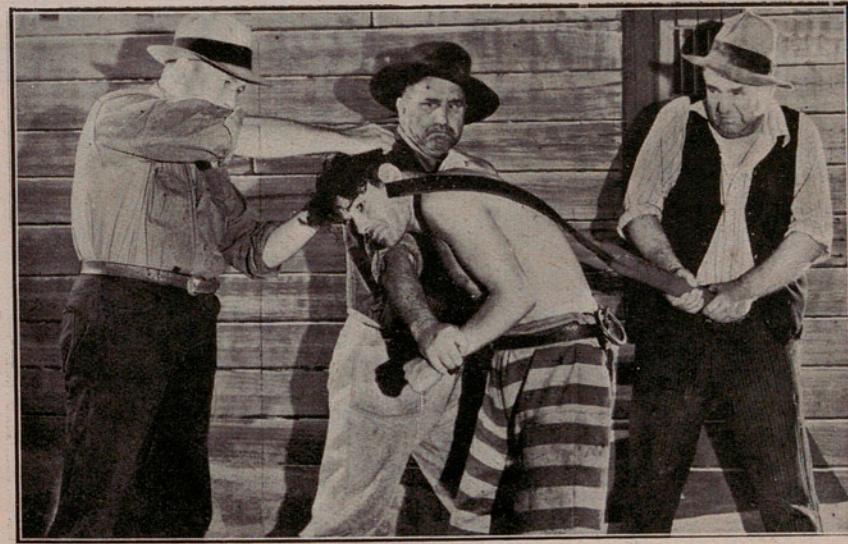
Trabajaba diez y seis horas diarias.

X



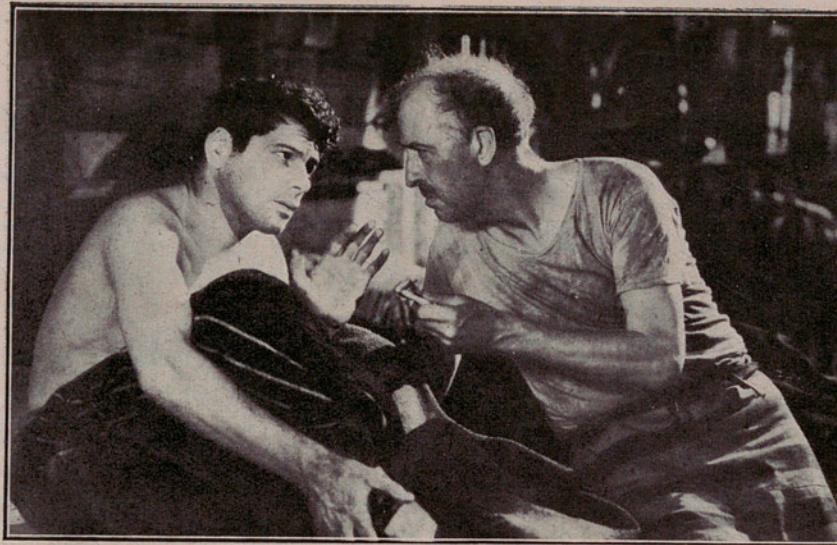
... no pueao evitar que le castigaran también a él...

X



Otros hombres habian muerto con menos azotes de los que le dieron a Jim.

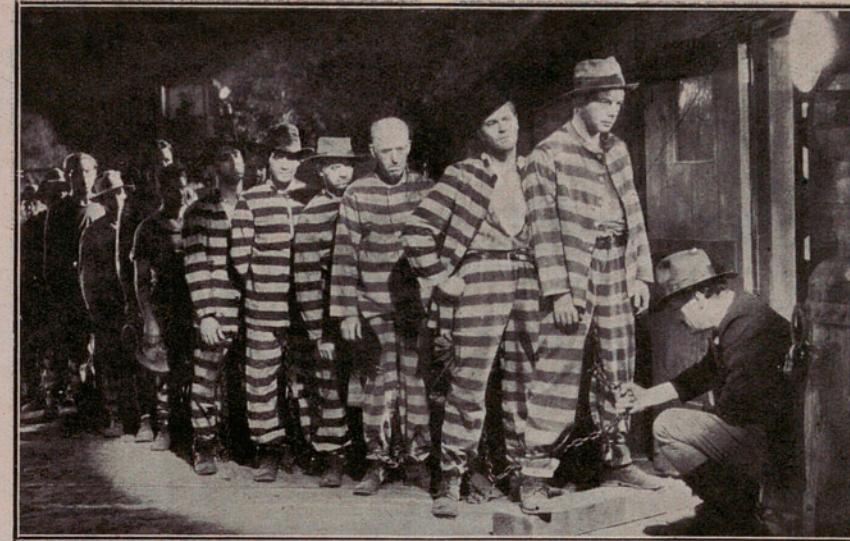
X



—Tómalo. Más los necesitarás tú.



Y el negro había realizado su misión rápida y eficazmente...



... el guarda que inspeccionaba las cadenas no se dió cuenta de nada.



Linda sonrió.



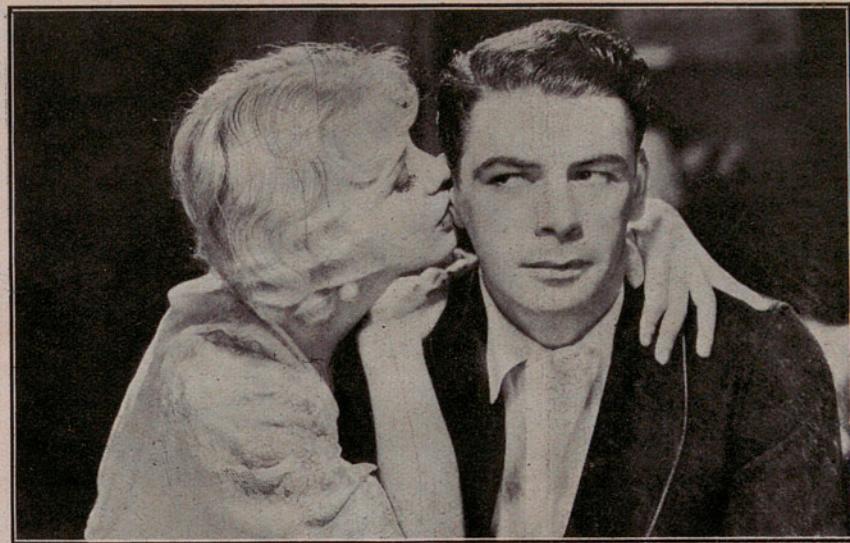
—Debe ser muy difícil escapar del penal, ¿eh?

X



Linda le comprendió con una sola mirada.

X

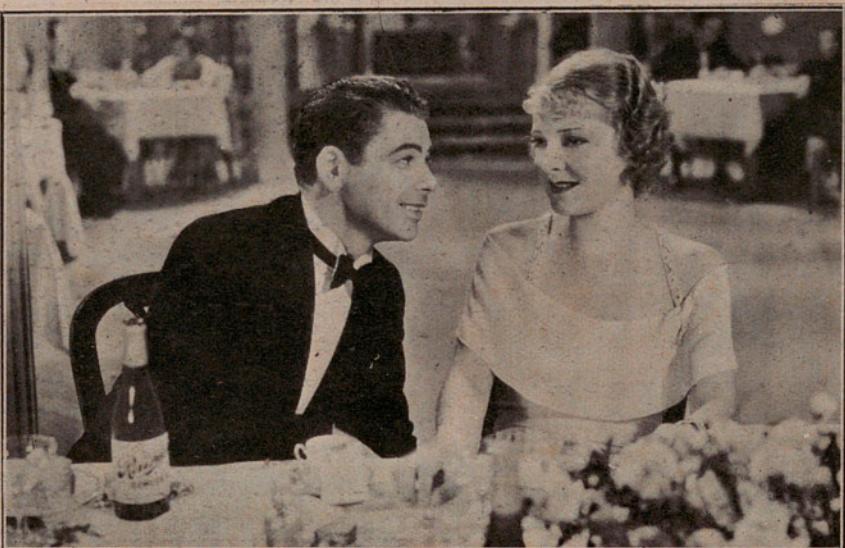


—¿Saldremos esta noche?

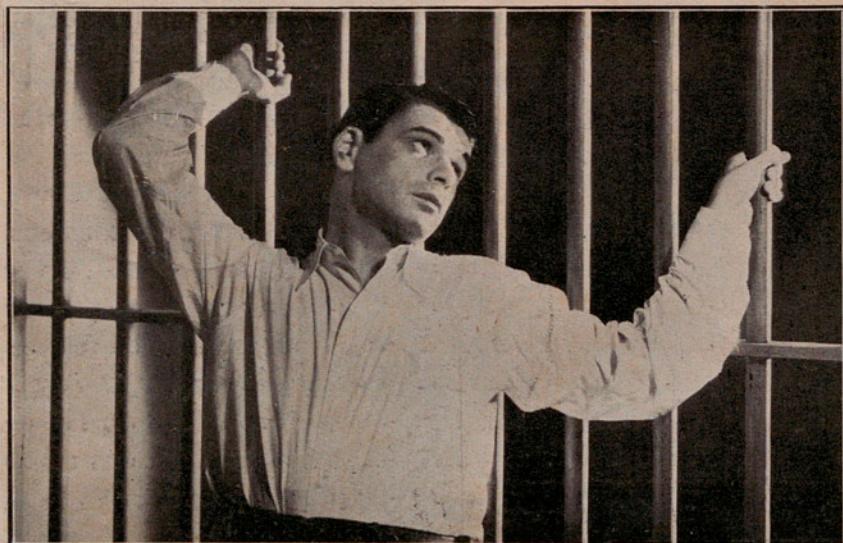
X



Se había casado con aquella mujer para huir del terror del presidio...



— Su conversación me resulta muy interesante.



Por segunda vez vistió el traje de presidiario.

X

tudiaba con ardor. Quería seguir la carrera de ingeniería y dirigir luego él las obras a su antojo.

Ahora que ya tenía encarrilada su vida, ahora que ya podía darle noticias buenas y satisfactorias, Jim se decidió a escribir a su familia para que conociera toda su odisea. Hasta entonces no se había atrevido a hacerlo porque aun no tenía la seguridad de triunfar; pero ahora podía hacerlo sin miedo: el triunfo había llegado ya.

“Soy feliz—le decía—. Por fin he logrado todo lo que tanto deseé. Trabajo, estudio, me siento cada vez más dueño de mí mismo, con más ardoroso ímpetu para llegar muy alto, sin deberlo a nadie más que a mi propio esfuerzo.”

Y luego les contaba cómo era la casa en que vivía, tan coqueta, tan quieta, tan acogedora.

“La patrona es una muchacha joven, bonita; hemos simpatizado mucho; salimos a pasear juntos algunas noches y también los domingos, vamos a bailar y a teatros. Esta amistad le quita aridez a la vida, pone en ella la nota de color de algunas flores, no muchas, porque hace años que he perdido la fe en el amor de las mujeres; pero siempre

acompaña, a una vida solitaria como la mía, el afecto de una mujer, aunque le sepa engañoso y falso.”

Clint, el grave Clint, contestaba a esas cartas. Habían pasado muchas angustias al no tener noticias suyas durante tanto tiempo. Los dos, su madre y él, habían llorado con el relato de todos sus dolores. Le recomendaban prudencia, que no se confiara a nadie, que nadie supiera su secreto, para que no le traicionaran.

“Desconfía ante todo de esa Marie de quien tanto me hablas”—le decía—. “Que no sepa nunca quién eres, ni de dónde vienes. Esas amistades que no se fundan en las sólidas bases de un cariño sincero, suelen dar muy malos resultados. Tú no sabes de lo que es capaz una mujer despechada. Si no te ama, no tendrá escrúpulo en denunciarte. Si te ama y tú no la amas a ella, tanto peor; el sentimiento de verse desdenada la hará más cruel, su amor se convertirá en odio y si se apodera de tu secreto, no tendrá compasión, no habrá salvación posible para ti. Sé prudente, Jim, no te fíes de esa mujer que me da miedo.”

Jim contestó en son de broma a

las recomendaciones de su hermano, le habían hecho gracia.

"Son temores pueriles que me dan risa en un hombre como tú. No caeré fácilmente en las redes que me tienda Marie, si es que se realizan tus malos pronósticos. Además, Marie es buena y comienzo a creer en su cariño. Me cuida muy bien, me trata como a un niño mimado. A su lado no me falta nada. También es ella un náufrago de la vida; nos hemos amparado mutuamente. ¿Por qué empeñarse, con vanos temores, en empañar la luz que alumbra ahora mi existencia?"

Clint no volvió a insistir directamente sobre el mismo tema en sus cartas sucesivas, pero siempre le ponía sobre aviso:

"La policía continúa buscándote, Jim. Está siempre alerta, no te duermas sobre tu actual tranquilidad que es sólo aparente. Cuando pienso que, si te capturan, tendrás que pasar ocho años más en cárceles, se me hiela la sangre de espanto."

También a él le ponía un calor frío en las venas la idea de ser descubierto y de volver al presidio; pero ¡había pasado tanto tiempo!

Además, ahora le amparaban las leyes del Estado en que fijara su residencia. Illinois no dejaría que uno de sus ciudadanos fuera devuelto al presidio de Georgia.

Jim no quiso preocuparse, se dejó vivir con toda el ansia de su voluntad.

Marie se había enamorado de veras de aquel hombre un poco extraño, un mucho interesante, que la trataba con deferencia, aunque siempre con una gran frialdad.

La acariciaba muchas veces, pero nunca le había hablado de amor. Le acariciaba como se acaricia a un hermoso animal, le acariciaba porque era ella mujer y mujer bonita y tentadora, pero de su corazón no le daba nada.

Marie tomaba aquellas caricias como una ofensa a su sensibilidad femenina. Ella le amaba y quería poseer algo más que su carne. Pero el espíritu de Jim se le aparecía cada vez más lejano, más inasequible, más enigmático.

Era en vano que se esforzara en cuidarle con esmero, en prodigarle las atenciones más solícitas. Jim vivía una vida aparte. Satisfecho su apetito de hombre, apetito recio, viril, sin sentimentalismos, la mujer

S O Y U N F U G I T I V O

perdía para él todo interés, toda cualidad.

Y Marie tropezaba con un temperamento de hierro, cada vez más hermético, y sufría con aquel desdén, al mismo tiempo que su amor se exacerbaba, crecía en proporciones extrañas, lindando con el odio y con la ira, más que con la ternura y la templanza.

Jim era un enamorado del estudio. A Marie le encantaban los bailes, las diversiones, el lujo.

Jim pasaba largas horas encerrado en su cuartito que le ofrecía el necesario recogimiento para realizar todas sus elucubraciones. Marie no podía sufrir las largas horas de encierro que la enervaban.

Casi a diario surgía entre ambos la misma discusión que día por día tomaba un carácter más agrio, más violento.

—¿Saldremos esta noche? — preguntaba Marie en tono mimoso para tratar de obtener una respuesta afirmativa.

—No, tengo que estudiar — replicaba invariablemente Jim.

—Estudias todas las noches. ¿Por qué noquieres complacerme hoy?

—Pero si ayer salimos, querida.

¿No te acuerdas? ¿Crees que yo puedo dedicar toda mi vida a diversiones? Si no trabajo, si no gano dinero, también tú tendrás que renunciar a todo lo que tanto te atrae.

—No, todo esto son excusas. Es que te has cansado de mí, que ya no te gusto.

—Sí, mujer, sí; pero tú no te haces cargo de que yo no me divierto con lo que a ti te entusiasma.

—Antes no hablabas así, Jim. ¿Por qué has cambiado tanto?

—Siempre fui el mismo; eres tú la que cada día se pone más exigente.

—No, no me des las culpas a mí. Antes eras de otro modo; antes me querías. Yo te creí cuando dijiste que me amabas.

—¿Amarte yo? — replicó Jim soltando una franca carcajada. — ¿Cuándo me has oído decir semejante cosa? Marie, llamemos a las cosas por su nombre, no te empeñes en desfigurar la verdad. Tú sabes que no fué amor lo que nos unió, sino el destino, la soledad en que ambos nos encontrábamos cuando nos conocimos. Esto fué lo que nos ligó, sin atarnos a ningún compromiso. ¿Y a esto quieres ahora llamarle amor?

—Algún día te arrepentirás de hablarme con esta dureza, de decirme tan crudamente las cosas que me dices, Jim—dijo Marie en un tono amenazador al que Jim no dió, o no quiso dar, importancia.

Marie salía sola y Jim se quedaba, despreocupado de todo, dedicado al trabajo absorbente al que entregaba lo mejor de su vida.

Marie iba a desahogar su furia bailando hasta la madrugada en cualquier cabaret, acompañada por una serie de amigos.

Jim no hacía caso de nada. Había sufrido mucho, le habían hecho beber tanta hiel los hombres, que sentía un gran desprecio por todo ser humano y lo consideraba más como motivo de amargura que de placer.

Necesitaba alguien que cuidara de su casa, de sus cosas; alguien con quien charlar y expansionarse en los precisos momentos que sentía necesidad de ello, pero que no le pidieran más.

Y Marie no era ciertamente la mujer indicada para hacer cambiar de opinión a un espíritu envenenado de dolor como el de Jim.

Marie era la amante, pero no la mujer que sabe hacerse amar, aden-

trándose muy quedo en el corazón hasta hacerse la dueña de él. Marie era más que mujer, hembra; pero hembra orgullosa y encelada.

Había cogido a Jim cuando éste no era más que oscuro obrero y no quería ahora dejarlo escapar, pues veía que aquel hombre, gracias a su talento y a su tenacidad, llegaría a ocupar un lugar muy alto en la sociedad y que iba escalando rápidamente los peldaños que conducen a la fortuna.

Era una mujer que sólo miraba su propio egoísmo, colmar sus ambiciones, que no eran pequeñas, triunfar en la vida para vengarse de los daños que ésta le hiciera sufrir en sus años de inútiles correrías. No repararía en los medios que tuviera que emplear para lograr lo deseado, ni dejaría escapar una presa que creía fácil de retener a su lado. Era fría en sus cálculos, violenta en sus pasiones. Sabía el valor de todas las cosas y sabía, por encima de todo, que la compañía de un hombre que triunfa en todas sus empresas es el tesoro más inapreciable para una mujer como ella.

Quería a Jim, pero de una manera extraña; ya que no repararía en

causarle un daño, por grande que fuese, con tal de retenerle siempre para sí. Era frívola y tenía al mismo tiempo un recio tesón para las cosas que a ella le interesaban. Y lo que más le interesaba era no perder a Jim, a Jim que por momentos se le escurría de las manos.

Jim, distraído por su constante trabajo, no se daba cuenta de la tragedia que se fraguaba a su lado, no veía los celos de aquella mujer que le espiaba a todas horas, que comenzaba a odiarle al ver lo inútiles que le resultaban sus esfuerzos de hembra encelada para retener al hombre.

Jim vivía confiado, tranquilo, demasiado tranquilo. Casi había olvidado ya su pasada historia. No ponía apenas cuidado en ocultar hasta el más ínfimo detalle que pudiera comprometerle, como hacía en los primeros tiempos.

Terminados sus estudios, con su título de ingeniero ganado de manera brillante, había realizado trabajos tan serios, tan notables, que sus directores le fueron elevando de categoría, apreciando en todo su valor el talento y la actividad de su subordinado. Fueron adoptadas y puestas a la práctica muchas de las

ideas que él sugería y que produjeron óptimos resultados, beneficiando en gran manera las construcciones que la Empresa realizaba.

Por fin, de acuerdo con toda la Junta Directiva, la Empresa acordó nombrar a Jim socio técnico de la misma.

Sus sueños más ambicionados se habían hecho realidad. Ya era Jim el hombre libre y en el pleno uso de sus facultades creadoras, desarrolladas por los años de estudio y de práctica.

Su posición había cambiado totalmente. Era considerado y estimado por lo mejor de la sociedad de Chicago; sus consocios se enorgullecían de presentarle en sus salones, de invitarle a todas las fiestas que se daban por lo más florido de la aristocracia.

Jim estaba contento, pero no enorgullecido; siempre quedaba en su alma la duda de la sinceridad de todos aquellos agasajos y muchas veces se preguntaba interiormente:

—Si conocieran mi pasado ¿seguirían siendo mis amigos?

El cambio que diera su vida le hizo sentir la necesidad de mejorar de residencia. El cuartito que en

casa de Marie hiciera un día sus delicias, le resultaba ahora pequeño. Quería buscar mejor alojamiento, más en consonancia con sus medios actuales, que tuviera más espacio para trabajar, para hacer sus proyectos, para poder recibir a quienes le distinguían con su amistad, de modo que fuera digno de ellos y de él.

Sin conceder la menor importancia a este asunto, expuso a Marie sus deseos de trasladarse de domicilio.

—¿Conque es cierto que quieres marcharte?

—Puedo pagar una habitación mayor y quiero más comodidad que aquí.

—¿Y no nos volveremos a ver?

—Sí, alguna vez, de tiempo en tiempo ¿por qué no? Ya sabes que nunca te he amado. En los sentimientos nadie puede mandar, Marie. Te agradezco mucho todo lo que por mí has hecho. Te hablo con

franqueza, es preciso que me marche, así nos evitaremos mayores dolores.

Marie estaba pálida de ira.

—¿No te marchas por otra razón? —dijo poniendo en sus palabras una intención que infundió miedo a Jim.

—Por otra razón? —replicó éste.

—Sí, para no volver a presidio, por ejemplo, donde debías estar. Toma. Es una carta de tu hermano. Por ella me he enterado de todo.

Era la carta en que Clint le recomendaba prudencia, en que le advertía que la policía seguía buscándole, en que le contaba los temores de que alguien le traicionara si conociera su secreto.

—Pero tú... —balbuceó Jim que sintió hundirse el suelo a sus pies.

—Yo sólo callaré con una condición. Con la condición de que me hagas tu esposa.

Jim se vió de nuevo esclavizado por el destino. Se había casado con aquella mujer para huir del terror del presidio, pero la vida se le hacía siempre más dolorosa, más difícil. Marie poseía su secreto y le amenazaba constantemente con descubrirle a la policía. Sus celos eran absurdos, locos, infundados; eran los celos de quien ama y sabe que no es amada, esos celos capaces de las más duras venganzas, de cometer la felonía más vil. Jim era otra vez esclavo... Comenzó a perder el apetito, a entristercerse, a perder el encanto que antes encontraba en su trabajo.

Sus socios notaban el cambio que se había operado en él y hacían cuanto podían para distraerlo, le invitaban a todas las fiestas, a todas las reuniones pero Jim no lograba disipar su tristeza.

* * *

En una de estas fiestas Jim conoció a Helen. Era una muchacha espiritual, bella, buena y atractiva. Al quedar solos en la mesa, Jim indicó a Helen si quería bailar, y ella repuso, prefiriendo conversar con él:

—No me gusta bailar cuando hay tanta gente.

—Lo mismo me ocurre a mí.

Se habían enfrascado en una larga conversación en la que se contaron mil naderías, mil naderías que eran para ellos de un interés capital.

—¿Qué es lo que usted hace? —le preguntó ella.

—Soy constructor de puentes y caminos que la gente usa para huir.

—¿Para huir?

—Pero son inútiles, porque nadie puede huir de sí mismo.

—Es usted enigmático.

—¡Oh, perdón, señorita! No haga caso a nada de lo que le diga. Estoy nervioso. El calor, la gente... Perdóname.

—No tengo nada que perdonar. Usted huiría, si pudiera, de esta fiesta que le resulta tan desagradable.

—¿Desagradable? Sí, hasta ahora, pues ya no me parece desagradable ni tengo ganas de huir de ella. Su conversación me resulta muy interesante para que desee ponerle término.

—Cuénteme sus proyectos de trabajo, los encuentro interesantísimos, debe ser una cosa apasionante crear esas grandes obras de ingeniería a las que usted se dedica.

—Hasta este momento era lo que más me había apasionado en este mundo, ahora hay ya cosas que me apasionan más. ¿Quiere salir a dar un paseo en mi coche, hasta que termine la fiesta, o debe usted volver a su casa?

—En mi vida no hay deberes. Soy mayor de edad y libre. Salgamos.

Y salieron, subiendo al auto de él, que partió lentamente por un camino plateado.

—Es usted dichosa! — exclamó

Jim con un extraño acento de nostalgia en la voz.

—¿Por qué? — preguntó ella con curiosidad, estudiando de cerca la cara de su interlocutor cuyos ojos se habían ensombrecido.

—Usted puede ir y venir a su antojo, hacerlo lo que quiera...

—Y usted, ¿no?

—Sí... y no — respondió evasivamente.

—Es usted extraño, Allen — dijo Helen, pensativa —. Usted necesitaría una persona que supiera comprenderle y que le curara todas sus raras ideas.

—¿Quiere ser usted mi enfermera? ¿Le agradaría la misión de sondear mi espíritu y tratar de curarle todas sus heridas?

—Creo que es un trabajo que ha empezado hace algunas horas y me siento satisfechísima de él.

La muchacha sonreía con dulzura, y James sentía renacer en su corazón un sentimiento nuevo, que él creía perdido para siempre, se sentía invadido por una paz suave, por una infinita ternura. Helen había hecho el milagro de despertar su corazón tanto tiempo dormido.

Jim y Helen se despidieron prometiendo volver a verse. Jim par-

tió llevando en su alma una luz que todo lo llenaba de una dulcísima claridad. Por primera vez desde hacía muchos años, sentía reverdecer una esperanza de verdadera felicidad, la que sólo puede darnos un amor firme y leal, plenamente correspondido.

Se vieron con mucha frecuencia después de su primer encuentro. Helen iba a buscarle a la salida de su trabajo y paseaban largo rato juntos.

Jim gozaba de una libertad relativa, pues su mujer, Marie, al verse dueña de un capital respetable, se había entregado sin reservas a la vida de sociedad, de una sociedad un poco equívoca, pero que era la única que ella podía frequentar. Daba bailes en su casa a los que concurría un público abigarrado; en los que se fumaba y se bebía más de lo debido, en los que se cantaban canciones de cabaret de infima categoría. Bailes más parecidos a una orgía de gentes sin decoro que a una reunión social de gente bien.

A Jim no le importaba lo que hiciera su mujer. Antes de conocer a Helen, cuando regresaba a su casa y se encontraba todo en desorden,

sucia la mesa, el suelo lleno de ceniza y de cigarros, copas caídas y rotas, sentía un asco profundo, y se llenaba de indignación provocando un escándalo cuando se enfrentaba con su mujer. Ahora le agradecía casi que encontrara diversión en aquellas distracciones de tan baja ralea. Así gozaba más a sus anchas del amor floreciente de aquella muchacha que con mano suave cicatrizaba en él todas las heridas que la vida le había producido. Ya no se sentía solo. Ya tenía un amor, un amor puro y sereno que le acompañaba a todas horas, cerca y lejos, en el trabajo y en su casa, en los momentos de mayor felicidad, cuando estaba junto a ella lo mismo que en las largas horas del día en que las ocupaciones les obligaban a estar separados.

También Helen se sentía dichosa. Jim era el único hombre muy hombre con el que tropezara en su existencia. Un hombre tal como ella lo había forjado en sus sueños de muchacha: fuerte, de carácter recto y definido, de acusada personalidad. Un hombre como a ella le gustaba, trabajador y serio y al mismo tiempo dulce y cariñoso hasta el punto de hacerle sentir una

dicha sin límites con sus atenciones de hombre galante.

Hasta este punto había cambiado a Jim el amor. El, que no se había dejado ablandar por nada ni por nadie, sentía ahora una rara debilidad por todo cuanto a Helen se refería; procuraba adivinarle los gustos, leer en su pensamiento, complacerla en todo, para que nunca, nunca pudiera ella tener una queja ni un resentimiento. Había, sin él mismo haber hecho nada para ello, adquirido la perspicacia difícil de conocer toda la sensibilidad del alma femenina que agradece más hondamente una delicadeza pequeña que el más costoso regalo. Jim no ofendía a Helen obsequiándola con cosas costosas; pero procuraba satisfacerle los caprichos más insignificantes, con esa fina indiferencia que hace del obsequio una cosa agradable, que se acoge con satisfacción, sin sentirse jamás humillado por ello. Leía en Helen, alga ingenua y sencilla para aquel hombre acostumbrado a tratar con los caracteres más diversos y complicados, como dentro de su mismo corazón y la veía tan amante, tan niña, tan deliciosamente enamorada, que sentía por ella

la veneración que inspira una santa mezclada al amor que inspira la mujer.

Helen llegó a serlo todo en su vida. No hubiera podido prescindir de ella ni un solo día. Vivía de su recuerdo en las horas que no podía estar a su lado, o de la esperanza de verla en tal o cual momento determinado, y cuando llegaba la hora del paseo cotidiano, el corazón le latía con la furia y la precipitación con que le latiría a un novato en lides amorosas. Pero ¿acaso no era él un novato en estas lides? ¿Cuándo había amado como amaba ahora, tan puramente, tan hondamente? Nunca. Era la primera vez que el verdadero amor, el amor en que él no había creído, y ante la evidencia del cual tenía ahora que rendirse, anidaba en su alma. Nunca había sentido por ninguna mujer el respeto que sentía hacia Helen, ese respeto mezclado al deseo ardiente que hace de la mujer amada nuestro ídolo y nuestra guía. Para él la mujer había sido siempre un objeto de placer, al que nunca se preocupara de buscarle un alma, convencido de que no la tenía. Hoy veía que una mujer puede inspirar mucho más amor

conociendo de ella antes el alma que el placer carnal; que una mujer es algo más que un pedazo de carne que halaga los sentidos hasta embriagarlos. Hoy conocía una mejor embriaguez amorosa: la embriaguez espiritual a la que no se mezcla ninguna idea impura, ya que, aunque el deseo esté siempre despierto, está dominado por la pureza del amor verdad.

Helen era dichosa. Se sentía amada por Jim, amada hasta la veneración. Le agradecía aquella sutileza de espíritu que no encontrara antes en ningún otro hombre, siempre más atentos a satisfacer sus pasiones o su orgullo que a complacer las ternuras de su alma de mujer. Pero le apenaba ver la inutilidad de su esfuerzo por vencer el negro pesimismo de su amado.

Jim estaba contento a su lado, es verdad; pero siempre había en él como una sombra de inquietud, como si pesara sobre él alguna amenaza que ella no llegaba a comprender. Era un hombre un poco raro. Helen conocía la historia de su matrimonio, algo velada, naturalmente. Sabía que Jim no era dichoso con su esposa; que no sentía por ella amor; que sus espíritus no

eran afines; pero, además, comprendía Helen que algo que le ocultaba pesaba sobre el alma de Jim.

Un día paseaban los dos enamorados a orillas del río. La noche era radiante, el aire suave, lleno de perfumes primaverales. Iban silenciosos, cogidos del brazo, no necesitando nada más para ser felices. Sus corazones se comprendían tan bien, que les bastaba escuchar sus latidos para saber que al unísono se amaban con idéntico fervor. Helen, preocupada siempre por el secreto que adivinaba se escondía en el alma de Jim, animada por la sombra que les envolvía y que hacía más fácil la confidencia, se atrevió a preguntarle, poniendo mucha ternura en sus palabras para no herir su susceptibilidad:

—¿Por qué no eres franco conmigo, Allen? Veo que no he logrado desvanecer por completo tus pesares. Sigues guardando para ti sólo un dolor que yo no puedo curarte porque me es desconocido... ¿Por qué no me abres tu corazón? ¿Por qué no te expansionas y me cuentas sin reservas todo lo que te aflige?

—Porque... — comenzó a decir,

como si fuera a confesar la verdad. Pero se detuvo de pronto y añadió precipitadamente: ¡Son tantas las cosas que quisiera decirte, Helen, tantas!... Pero no puedo, no puedo.

La cogió suavemente de la mano, acariciándosela con ternura, como si fuera la manita de una niña.

—¿Por qué no puedes contármelas? — insistió ella, poniendo mimos en su voz para animarle a la confesión.

—¡Helen, mi amor! Te necesito, te deseo, no puedo vivir sin ti. Tú lo sabes, Helen. Te amo, te amo con toda la fuerza de mi alma... Quiero que seas mía, toda mía, sin reservas; quiero que nada ni nadie nos separe. Por esto estoy preocupado muchas veces, por esto estoy triste. Ya no puedo vivir sin tenerte a mi lado siempre, sin que me ampare a todas horas con tu cariño, sin serlo todo para ti...

La voz le temblaba por la emoción. Cogida como la tenía por la mano, la fué atrayendo hacia sí cada vez más cerca, tan cerca, que sentía en sus mejillas el calor de su respiración afanosa y, alucinado por el brillo de aquellos ojos tan dulces, se dejó llevar por sus

ansias y la besó apasionado en los labios.

Helen, llena de una felicidad nunca sentida, le devolvió la caricia con timidez, primero, con pasión, después, sencillamente, como una cosa largo tiempo esperada y anhelada.

—¿Tanto me amas? — le preguntó, para oírselo repetir una y otra vez.

—¿No lo ves, mi vida, no lo sientes? Tu amor ha puesto mucha luz en mi alma. Pero tú sabes que no soy libre, que me atan lazos difíciles de romper; Marie es una mujer egoísta, que no me dejará escapar fácilmente, me tiene atado... ¡Oh, si supieras cómo!

—Pero tú debes hablarle. Quizá consienta en divorciarse. ¡Quién sabe si querrá hacernos felices!... Ella no necesita el amor. Para ella le basta esta vida que lleva de placeres y de lujo. ¿Por qué no ha de devolverte la libertad?

—Helen, ¡si tú supieras!...

—¿Qué?

—No, ya nada; no me siento con fuerza, no puedo, no puedo decirte toda la verdad.

Aquella noche no volvieron a hablar de aquel tema. La última fra-

se de Allen les había dejado a los dos un sabor de tristeza que nublaba la dicha de aquellos instantes únicos. Helen veía que sus sospechas no eran infundadas, que su amado le ocultaba algo inconfesable, algo que ella no podía ni siquiera sospechar. ¿Qué era? ¿Por qué siempre entre los dos se levantaba el enigma, el misterio de aquel dolor? Pobre chiquilla ignorante de los más tristes dramas de la vida. ¿Cómo iba a adivinar lo que pasaba por el alma del huído de presidio, del que continuamente llevaba sobre él la amenaza de ser descubierto y de volver al infierno del que se creyó por algún tiempo completamente libertado?

Jim llegó tarde a su casa. En ella se había celebrado una de aquellas orgías después de las que no quedaba en la casa nada en orden. Marie había salido. Sin duda sus invitados la habían arrastrado a algún cabaret nocturno, en donde estarían danzando hasta la madrugada y volvería medio borracha, deshecha por el insomnio y las libaciones, y le exigiría sus caricias y la ficción de un cariño que si antes no sintiera, ahora se había convertido en repugnancia y aversión. Ca-

si nunca, cuando él llegaba y no la encontraba en casa, esperaba su regreso. Se encerraba en su cuarto y se acostaba después de haber estudiado o despachado su correo particular.

Pero aquella noche tuvo empeño en esperarla. ¡Quién sabe si la ocasión se le presentaría propicia para hablar con ella y plantearle el problema del divorcio! En su deseo pensó que acaso ofreciéndole una crecida pensión, ella, que era tan ambiciosa, se sentiría suficientemente recompensada; que quizás también ella estaría enamorada de otro hombre menos complicado que él, más en consonancia con su modo de ser y de sentir; que acaso Marie deseaba como él la separación...; pensó tantas cosas para darse ánimo, para convencerse de que acaso fuera posible alcanzar la felicidad de aquel amor.

Tarde, muy tarde, a la madrugada, llegó Marie. Venía pálida, ojerosa, deshecha, rendida, vacilante.

—¿Por qué no te has acostado hoy? — le dijo con una voz enronquecida —. No te conviene trastocar tanto. Tienes que trabajar. Luego si te presentas a tu oficina quebrantado, dirán que es la mala

vida que yo te doy. Y no me da la gana ¿entiendes? No me da la gana de que la gente se crea que te doy malos tratos.

—¡Pero si nadie dice eso, Marie!

—¿Verdad que no? — añadió ella dulcificando la voz y rodeándole el cuello con los brazos—. Si yo te quiero, tonto, pero me gusta divertirme. Creo que no hago daño a nadie con ello ¿no es cierto, maridito?

—Claro, mujer, claro, es muy cierto. Si te gusta divertirte haces bien. Si lo que deberías hacer es buscarte otro marido que supiera ser más alegre que yo, que te acompañara a todas tus diversiones, que inventara nuevas correrías para complacerte. Desengáñate, no estábamos hechos el uno para el otro.

Su instinto de mujer le hizo ver en aquellas palabras como una amenaza. Se irguió. Se serenó rápidamente.

—¿Qué dices? ¿Buscarte yo otro hombre? Nunca. Te acogí cuando eras un pobre obrero, te lo he dicho mil veces, no te soltaré ahora que has llegado a lo alto. Soy tu mujer y estoy orgullosa de serlo. Ya comprendo que ahora qui-

sieras deshacerte de mí como de un objeto viejo que estorba, sobre todo como de quien sabe demasiado para tenerte cerca; pero soy yo la que no quiere dejarte ¿entiendes? Yo. Y tú no serás tan valiente que te atrevas a desafiarme.

—Marie, no me exasperes. ¿Por qué te empeñas en que sigamos conviviendo cuando no nos podemos entender nunca?

—A mí no me hace falta que tú me entiendas. Aunque sé que me entiendes sobradamente. Quiero llegar contigo hasta la cumbre. No me creas tan tonta. Pero es inútil discutir. Buenas noches. Yo sé que tú no te apartarás de mi lado, porque sabes lo que puede costarte.

—¿Y si no me importara pagar este precio a cambio de que me devolvieras mi libertad?

Marie soltó una carcajada.

—¡Bonita libertad! ¿Libertad le llamas tú a volver a presidio?

Jim no pudo contenerse más y acusó abiertamente a la infame cuya conducta consideraba él era una cobardía seguir soportando.

—Todo es preferible a la vida que tú me haces llevar.

Marie, iracunda, se dejó dominar por el afán de venganza, y re-

puso en un tono que hizo estremecer a Jim:

—¡Te arrepentirás de lo que me has dicho!

Al día siguiente llegó para Jim el momento más emocionante de toda su carrera. Iban a inaugurar el puente construido bajo su dirección y conforme a los planos por él trazados. Las autoridades, los representantes de las corporaciones más importantes, todo Chicago, en una palabra, asistiría al acto de la inauguración, en el que Allen tenía que pronunciar un discurso... Estaba nervioso y emocionado como un colegial. Sus socios estaban en el despacho y el presidente de

la Cámara de Comercio le ofrecía un banquete para demostrarle palpablemente las simpatías con que contaba.

Su secretaria le comunicó por teléfono una grave noticia y a poco aparecieron ante Jim dos agentes de policía.

—¿Qué ocurre? — preguntó pálidamente—. ¿Qué quieren de mí?

—Señor Allen, o como se llame, traemos orden de detenerle.

La venganza de Marie se había cumplido.

La noticia corrió como reguero de pólvora. Allen tenía en Chicago

muchos y buenos amigos, gentes de influencia, que le estimaban como

merecía y que pusieron en juego todos sus recursos para librarse de las manos de la justicia.

El mejor abogado defensor, el que gozaba de más fama por haber librado con su cálida palabra a muchos acusados, se encargó de la defensa de Allen. Argüía que aunque Allen hubiera sido culpable la primera vez que se le condenó a trabajos forzados, se había ganado en estos seis años de libertad, durante los que trabajara honradamente, labrándose una posición estimable, no sólo por su talento, sino también por sus condiciones morales irreprochables, que se le diera como premio el indulto a la pena que en principio se le impusiera.

Los tribunales de Chicago se pusieron a favor de Allen. Negaron el permiso de extradición, le ampararon con sus leyes, defendiendo a aquel ciudadano del que se sentía orgullosa la ciudad.

Pero en Georgia los periódicos iniciaron una campaña contra el modo de proceder del vecino Estado. Venían largas editoriales hablando del caso, se decía en ellas que Chicago amparaba a un condenado a trabajos forzados, que se ha-

cía encubridora de un crimen, que la justicia no podía consentir semejante aberración, que se debía imponer al culpable la pena y que debían tomar cartas en el asunto los Gobernadores de ambos Estados.

Se entablaron entre ellos negociaciones, se gastó mucho papel y se habló mucho; pero todo inútilmente. Georgia reclamaba el derecho de castigar y no consentía que otro Estado se inmiscuyera en sus asuntos particulares que a ella sólo le correspondía ventilar.

Las autoridades de Illinois aún hicieron un nuevo esfuerzo para evitar que se cometiera lo que ellas consideraban una felonía.

Georgia mandó entonces a un representante suyo para que pudiera ponerse de acuerdo con los representantes de Illinois, y lograr aplacar las iras que la revisión de todo este asunto había despertado en el público de ambos Estados, cuyas opiniones se hallaban tan divididas.

Georgia ofrecía a Illinois que si les devolvía el reo, éste cumpliría, por pura formalidad, noventa días de condena, y luego le sería concedido el indulto, sin restricciones.

—Pero, ¿por qué se le ha de hacer sufrir noventa días de trabajos forzados, si ha demostrado ser un buen ciudadano, un hombre honorable y útil a la sociedad? — preguntaba el defensor de Allen, cuyos esfuerzos para salvarle se estrellaban contra el espíritu rígido de los acusadores.

—Mera fórmula — respondían éstos —. Para llenar una formalidad y acallar la opinión pública.

Expusieron a Allen el pacto, para que él lo meditara y viera si le convenía, ya que, de no aceptar él la proposición, las leyes de Illinois seguirían protegiéndole.

Allen pidió unos momentos para reflexionar, y suplicó que le dejaran hablar con Helen para seguir su consejo, que era el que más estimaba y el que había de hacer caer la balanza de uno u otro lado.

A Helen le habían sido revelados de golpe todos los misterios que rodeaban a su amado. Pero su fortaleza de ánimo y su amor y su fe en aquel hombre hicieron que la rudeza de la revelación no destruyera sus sueños de felicidad. Confiaba en que el Gobierno lograría el indulto de quien tanto bien había hecho a la patria, de quien

observara, durante seis años, una conducta irreprochable que le captó la simpatía y la estima de todos. Tenía la seguridad de que resplandecería la inocencia de Jim a los ojos de todos y de que podrían pronto reunirse sin temores ni zozobras y ser felices para siempre.

Siguió, ansiosa, las discusiones entabladas entre el Estado de Georgia y el de Illinois. Leyó todos los periódicos para saber qué era lo que el público pensaba de aquel caso que para ella era tan claro como el sol.

Esperaba que se impondría la razón; que se dejarían a un lado las ideas absurdas de castigar a quien no había cometido más crimen que huir de las torturas del presidio.

Cuando Jim le expuso el plan que las autoridades de Georgia proponían para terminar airosamente un proceso que tanto emocionaba al público, Helen se quedó pensativa, dudosa... ¿Qué aconsejar? Sabía que él haría lo que ella le indicara, y el caso era de tan sutil delicadeza que no se atrevía a hablar.

—¿Te sientes con valor para volver allá y sufrir noventa días de privaciones, de trabajos, de sufrimientos?

—Sí, tengo valor sobrado para ello. Noventa días me parecerán cortos sabiendo que al final de ellos me aguardas tú y contigo la libertad sin temores y la dicha completa de vivir sin zozobras al lado de mi mujercita amada.

—Pero ¿puedes confiar en la sinceridad de sus promesas?

—Así lo creo. No veo por qué me han de engañar. Sería absurdo.

—Absurdo, sí; pero ¿no has sufrido tú tantas cosas absurdas en tu vida? ¿No sabes que la crueldad de los hombres no tiene límites?

—Sin embargo, Helen, creo que esta vez son sinceros, que lo hacen sólo para cumplir una formalidad que, de quedar incumplida, levantaría las iras del pueblo. Soy un condenado — no nos preocupemos ahora de si me condenaron injustamente —, la justicia me impuso diez años de trabajos forzados y yo la burlé. Ahora tiene que rehabilitar su nombre a los ojos del pueblo, tiene que hacer algo para no perder su autoridad. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo. Quizá tengas razón. Quizá sea mejor que nos sacrificemos estos tres meses, que cumplas tu condena, portándote muy bien para que no tengan mo-

tivos de arrepentirse de lo que ahora te prometen... Dentro de tres meses volverás, libre para siempre, y entonces podremos estar juntos, sin que nada ni nadie nos separe ya más.

Le abrazó con toda ternura, apoyó sobre su pecho su cabeza apesadumbrada por la crueldad del destino, alzó a él sus adorables ojos llenos de amor y le besó con un apasionamiento inusitado, como nunca lo había hecho hasta ese momento difícil de sus vidas, en que iban a separarse por motivo tan cruel.

Allen se despidió así de su novia, de la mujer a quien adoraba. Dijo también adiós a todos los que con tanto fuego le habían defendido, les agradeció todo lo que por él habían hecho, les prometió volver pronto, en cuanto le indultaran, y dió con tristeza el último adiós a la ciudad que le había guardado con cariño durante aquellos seis años en que vivió como fugitivo, y que había puesto el máximo interés para evitarle caer de nuevo en la triste suerte de los condenados.

Allí quedaba, como una viva realidad de todos sus sueños y de todas sus aspiraciones de hombre, el puente inaugurado hacia unas

pocas semanas, el mismo día en que la justicia lo había apresado de nuevo, aquel puente que era la tangible evidencia de que los sueños pueden tener fecundas realidades cuando están al servicio de una voluntad de hierro y de una inteligencia firme y resuelta. Allí que-

daba lo que le era más caro en este mundo, Helen, la buena, la dulce, la noble Helen, que había hecho resucitar su corazón a la claridad del verdadero amor. Su alma, su vida entera quedaban allí; sólo su cuerpo, erguido con valentía, marchaba cara al destino.

* * *

Por segunda vez vistió el traje de presidiario y volvió a encontrar a Bomber, su buen compañero de antaño. Por segunda vez, y faltando a lo que le fué prometido al entregarse voluntariamente, sintió el grillete apresarle sus pies, poniendo en ellos el peso de sus cadenas, que al andar hacían un ruido sordo, hiriéndolos, dificultando su marcha.

Era ya inútil que sus familiares y sus amigos de Chicago se esforzaran en sustraerle a las leyes rígidas del penal, inútil que quisieran ayudarle. Los hierros le habían

sujetado de nuevo, con toda la fuerza del poder de la ley, de una ley inflexible y bárbara que subsistía en estos tiempos llamados de civilización.

Y, al cumplir los tres meses prometidos, el pobre Jim supo por boca de su propio hermano — que había agotado todos los recursos para librarlo de la injusta condena — que la Comisión había decidido señalarle como mínimo un año de reclusión, pasado el cual resolvería en definitiva.

¡Un año! Se añadían, de pronto,

nueve meses más a lo que en un principio se le prometiera.

—¡Nueve meses más de esta tortura! — exclamó Jim—. No podré resistirlo. Romperé todos los compromisos, todas las cadenas, aunque me maten volveré a huir. Todo menos sufrir por tanto tiempo esta vida espantosa.

—Pero es mejor que te resignes —le aconsejó Clint, el buen hermano pastor de almas—. Un año pasa pronto; se hará todo cuanto se pueda para favorecerle. Y no cejaremos en nuestro empeño de liberarte, no dándonos ni un minuto de reposo.

Y sus amigos le escribían que no dejaban de la mano la defensa de sus intereses; que tuviera paciencia; que esperara; que todo era preferible a ser de nuevo un perseguido, un paria. Que el país estaba a favor suyo; que las autoridades policíacas tendrían que rendirse; que pronto le dejarían libre.

—Bien—contestó Jim a todos estos argumentos—. No pudisteis librarme de la cárcel antes de entrar en ella. ¿Cómo vais a librarme ahora que ya me tiene cogido entre sus rejas y sus cerrojos? Pero no importa, esperaré, esperaré este año

y seré el mejor de todos los condenados; no tendrán queja de mí; seré el modelo de los demás, aunque esto tenga que costarme la vida; quiero demostrar que no me falta voluntad, que tengo fuerza moral suficiente para arrostrar toda crueldad, que sé esperar, siempre que no me resulte fallida mi esperanza.

Ya no confiaba en la clemencia de sus jueces. Había perdido la fe en ellos, la fe que por corto tiempo le había iluminado. Pero con gusto se sacrificaba a aquel año de torturas, pensando siempre que al final estaba el premio más inestimable: el amor de Helen con sus dulzuras y sus ternezas que daban paz y sosiego al espíritu.

Su abogado defensor no le abandonó. Iba con frecuencia a visitarle. Puso en juego todos sus recursos.

Como Clint, que hizo un elogio de su hermano lleno de emoción, habló el abogado con el Consejo Directivo de la prisión.

—No quiero presentarles argumentos de Derecho Penal, quiero sólo que conozcan ustedes claramente la vida de James Allen, su historia íntegra. Allen ha sido un

hombre de carácter noble, trabajador, honrado. En la Gran Guerra le condecoraron por su sereno valor, por los trabajos que en ella prestó. Este hombre, un ser humano expuesto a todas las debilidades, como los demás hombres, se ve un día acosado por el hambre; un compañero le tienta primero, le intimida más tarde, le obliga después, amenazándole de muerte, a que cometa una felonía. Fué aquél su primero y único delito. Por él le condenaron a diez años de trabajos forzados. Se portó bien en el penal durante el tiempo que allí estuvo recluido; pero la vida de esclavo se le hace insopportable, sueña con la libertad y un día logra escapar a la vigilancia de sus guardianes y huye, huye en busca de otros horizontes. Logra con su propio esfuerzo, con su talento, con su trabajo, un puesto respetable; es estimado por todos sus conciudadanos; la ciudad le considera como uno de sus hijos ilustres; todos le quieren y le respetan. La traición de una mujer que odia, le pone otra vez en manos de la justicia. Pero Allen no huye. Noblemente, serenamente, enfrenta la situación, ve lo que más le conviene. El Esta-

do de Illinois le ofrece su protección; pero él prefiere cumplir el tiempo que le señalan para su condena, y lograr así, por sí mismo, como lo ha alcanzado todo en la vida, la libertad total y absoluta. Allen cumple lo prometido, regresa a Georgia voluntariamente, se entrega bajo promesa de que a los tres meses se le dará el indulto, vistas las circunstancias que le rodean. Pero pasan los tres meses y entonces se le exigen nueve meses más. ¿Con qué razón? ¿Con qué derecho? La justicia no puede atropellar sus promesas, debe devolver a Allen su libertad.

Pero el presidente del Consejo Directivo contestó:

—El Tribunal no puede tomar en consideración otra cosa más que James Allen es un criminal condenado a diez años de trabajos forzados, de los que sólo ha cumplido dos. El crimen no puede quedar sin castigo. Los criminales siempre vuelven, más pronto o más tarde, a poner en práctica sus instintos, son una constante amenaza para la sociedad y reclaman el castigo adecuado.

—Pero un hombre que no ha cometido ningún crimen, no es un cri-

inal. No se puede tratar con la misma brutalidad al criminal empedernido que a un hombre que se vió obligado por las circunstancias.

—¿Quién habla de brutalidad? En el presidio se imponen trabajos forzados a los condenados, la disciplina es rígida; pero en ningún caso existe la brutalidad. La galera es un medio eficaz para corregir. Basta, para convencerse, con citar el caso que estamos estudiando. Allen era un vagabundo; dos años de galera le prepararon para hacerse un ciudadano digno. La Comisión resolverá oportunamente el asunto. Por ahora el indulto queda en suspenso.

Los nueve meses pasaron también. El abogado defensor, con la incansable ayuda de Clint, en vano presentó cartas y peticiones a las más poderosas organizaciones políticas y sociales; en vano presentó escrito tras escrito para probar la inocencia y la inculpabilidad de Allen. Hizo ante los Tribunales de Justicia una defensa desapasionada, noble, sobria, recta; pero, al terminar su discurso, la expresión fría e impenetrable de los Jurados le hizo comprender que estaba derrotado; que nada en la tie-

rra sería capaz de conmover a aquellos hombres y de hacerles realizar un acto de humanidad.

No había indulto para Jim. Necesitaba cumplir su condena y para ello era preciso que pasasen todavía siete años más.

Jim, cuando se enteró, creyó enloquecer.

—Era todo mentira!—decía—. Todo lo hicieron para engañarme, para que volviera, para vengarse cobardemente, para retenerme ocho años en este infierno. Su crimen es mucho peor que el mío, peor que el del más empedernido presidiario. ¡Ellos deberían llevar los grilletes, y no yo! Me fugaré otra vez. No me importa que la empresa me cueste la vida. ¿Para qué quiero la vida si no soy libre?

Su desesperación conmovió a todos cuantos la presenciaron, tanto más cuanto que no podían hacer nada por él. Era como un moribundo que no quiere morirse y a quien los que le rodean, los que le aman, no pueden prolongarle ni por un minuto su vida.

Cada día que pasaba se le hacía más largo y más penoso. Las cadenas que arrastraba le parecían cada vez más pesadas; no podía ya

soportar aquella existencia injusta y cruel. Volvió a obsesionarle la idea de la evasión, como le había obsesionado durante los primeros tiempos de su encarcelamiento.

Allí estaba, para ayudarle, para intentar con él la fuga, su antiguo compañero, Bomber, fiel y adicto a Allen desde el primer día.

Tenían los dos tantos deseos de libertad, que el perder la vida se les aparecía como el menor de los obstáculos que tenían que superar para lograr su empresa.

Allen estaba ahora más vigilado. La dirección del penal, escaramentada con su primera fuga, no quería exponerse a ser burlada de nuevo por aquel hombre de una voluntad más fuerte que todos los grilletes y que todas las rejas.

Pero Allen y Bomber estaban decididos a todo y, en un momento de descuido, cuando se disponía Allen, por orden de un guarda, a reparar un camión de volquete, montaron en el vehículo y, dándole toda la marcha, huyeron, seguidos por los disparos de los guardianes, que quedaron atónitos al ver la temeridad de los fugitivos, que huían en sus propias barbas.

Se les persiguió en un automóvil de potencia, disparando en todas direcciones sus revólveres de grueso calibre. Las balas les pasaban rozando, pero no lograban herirles, y los fugitivos aceleraban la marcha del camión desesperadamente, para huir, más que de la muerte, de caer otra vez en manos de sus perseguidores.

La velocidad alcanzada era enorme, pero ya les seguían muy de cerca.

—No disminuyas la marcha, sigue adelante sin temor — le dijo Bomber a Jim—. Tenemos cartuchos de dinamita y yo se los arrojaré encendidos, para reventarles de una vez.

Jim no contestó. Toda su atención estaba fija en la marcha del coche que conducía, y de la que dependían su salvación y la de su compañero. Más que correr parecía que volaban. Iban a setenta, a ochenta, a cien, a ciento diez kilómetros. El motor daba toda su fuerza; corrían, corrían, pero la patrulla que había salido del penal para capturarles les alcanzaba, estaba sobre ellos; las balas les pasaban rozando; una de ellas hirió a Bomber en el pecho, en el momen-

to en que, ya la mecha encendida, se disponía a arrojar a sus perseguidores uno de los cartuchos que tan providencialmente cayeran en sus manos. Aun tuvo fuerza para tirarlo con ensañamiento al coche que les venía siguiendo a muy pocos metros de distancia. Hubo una tremenda explosión y el camino quedó interceptado unos momentos, para dar tiempo a ganar terreno a los fugitivos; pero la arriesgada empresa costó la vida a Bomber, quien cayó sobre el polvo del camino, acribillado a balazos.

Allen detuvo el camión y comprobó con espanto que Bomber estaba muerto; pero como no había momento que perder si no quería ser, a su vez, alcanzado, volvió a subir al camión y aceleró más la marcha, en un último esfuerzo fúrioso, desesperado.

Seguía adelante, siempre adelante, salvando obstáculos, brincando en los baches del camino, sin pensar en que podía desviarse, caer por un precipicio en uno de los rápidos virajes. ¿Qué le importaba a él nada de todo esto? Lo que importaba era escapar, vivo o muerto, de las garras de la justicia.

Iba como alucinado, como loco,

no volvía la vista atrás, pero oía el ruido del motor del auto que le perseguía, el silbido de las balas que pasaban sobre su cabeza, junto a sus oídos. Por un corto tiempo, la audacia de Bomber había detenido la marcha a los perseguidores; esto le dió a Allen alguna ventaja; el sacrificio de la vida de su compañero no debía resultar estéril; a toda costa tenía que vencer.

De pronto, en su marcha desenfrenada, un puente le brindó, como un brazo amigo tendido para ayudarle, el último eslabón de la cadena que aun le ligaba con el presidio. Cruzó el puente, descendió del camión; tenía los momentos contados. Cogió la caja de dinamita, de la que sólo se había gastado un cartucho, tan fructíferamente; preparó los restantes y la explosión se produjo en el momento en que sus perseguidores iban a cruzar el puente, volándolo aparatosamente. El puente, su amigo de tantos años, su obra soñada, le había devuelto en un momento todos los desvelos que le consagrara en sus años de estudios y de trabajo; el puente le había salvado.

Para librarse de las cadenas hizo funcionar el engranaje que po-

nía en movimiento el volquete del camión; y, así, unos hierros rompieron otros hierros.

Ya sin miedo de que le persiguieran de cerca, Jim siguió hacia adelante, camino de lo desconocido.

* * *

La fuga de James Allen causó una gran impresión en todo el país. Los periódicos hablaron de ella largamente, comentando unos la falta de vigilancia que esto demostraba había en los penales y la insuridad del público ante la debilidad de una policía que no sabía guardar a sus reos de manera que no pudieran volver a atentar contra la sociedad; otros se felicitaban de que Allen hubiera logrado burlar todas las leyes que tan injustamente le habían tratado, dándose él mismo la libertad que sus jueces le negaron, después de haberle engañado para hacerle entrar otra vez en el presidio.

Se comentaron de nuevo todas las circunstancias que ya habían sido puestas de relieve cuando el Estado de Georgia reclamó al de Illinois a su prisionero; se hicieron graves cargos a las instituciones policíacas por su falta de justicia y por su cerrado criterio; todo el país se conmovió y siguió con un creciente interés la búsqueda a que se dedicaron las autoridades con el encarnizamiento de quienes han sido burlados por dos veces.

En Chicago, la fuga de Allen despertó un inusitado interés. Todos sus amigos hubieran deseado ayudarle en aquellos momentos difíciles en que tenía que vivir es-

condido, huyendo de toda pista, de manera que nadie lograra nunca descubrir su paradero.

La policía no descansaba en sus esfuerzos, que resultaron vanos. Parecía que la tierra se hubiera tragado a aquel hombre, para que ni siquiera su cadáver pudiera caer en manos de la justicia.

Pasó el tiempo; nada se sabía del fugitivo; ya se desesperaba de encontrarle; los comentarios eran muy diversos. Aseguraban unos que bajo falso nombrado había logrado huir a Europa; otros afirmaban que se le había encontrado muerto de hambre en tal o cual parte; otros se atrevían a sospechar que, convenido con la misma policía, se había instalado en otra capital y era un ciudadano pacífico y recto como lo fué en Chicago, cuando su primera fuga; otros, en fin, temían que hubiera caído en alguna trampa de la misma policía y que ésta fingiera seguir persiguiéndole, para que no se le pidieran responsabilidades ni salieran a relucir cuentos viejos de crueldad y de barbarie.

La verdad cierta era que nadie sabía nada de James Allen, y que habían pasado ya largos meses des-

de su huída sin que hubiera sido capturado en ninguno de los Estados de la Unión.

Helen era la única que seguía esperando confiadamente en la vuelta del amado. Estaba tan segura de su amor, que no dudó ni un instante de que más pronto o más tarde, cuando tuviera la seguridad de haber hecho perder su pista, cuando el tiempo hubiera calmado los ánimos y no se hablara tanto de él, para poder arriesgarse, sin demasiada audacia, a comparecer por lugares en donde era demasiado conocido, volvería a verla, aunque sólo fuera un momento, para abrazarla, para decirle que la seguía queriendo como la había querido siempre, desde que se habían conocido en aquellos tiempos felices en que ella no sabía lo que eran zozobras ni inquietudes.

Y, en efecto, pasado un año, Allen esperó un día a Helen, protegido por las sombras nocturnas, cerca del garage de ella, donde no pudiera ser descubierto.

La entrevista fué triste, pero dulcísima. Helen se arrojó a sus brazos en un arranque apasionado, amorosísimo.

—¡Por fin has venido! — le di-

jo, entre besos y lágrimas—. Estaba segura de que volverías a mí; pero ahora ya empezaba a dudar. ¡Un año sin saber de ti, sin que me escribieras, sin que nada me diera indicio de tu paradero! Un año es muy largo para el que espera, Jim. ¿Por qué me has hecho aguardar tanto tiempo?

—No he podido hacer otra cosa, mi vida. Se me persigue, se me busca sin descanso.

—Pero tú sabes que aquí hallarás seguro refugio. Todos tus amigos te ampararán.

—No, Helen, no hay amparo posible para mí. Soy reo de varios crímenes. ¿No me perdonaron la primera vez y van a perdonarme ahora? Ya no tengo derecho a vivir como un hombre. ¡Soy un fugitivo! Lo seré siempre; no podré intentar reconstruir mi vida deshecha, más deshecha aún que el puente que volé para poder escapar. Nuestros sueños de amor se deshicieron en el humo de la pólvora. Es preciso mirar el destino valerosamente, Helen. Soy un hombre sin honra, desheredado, un paria, para el que no habrá ni un momento de sosiego mientras viva. Hemos de separarnos; la fatalidad se

impone. No puedo estar aquí por más tiempo.

—¡Jim, mi amor! ¡Llévame contigo donde sea! ¡No quiero separarme de ti!

—No puedo, Helen, no puedo. Mi destino ha terminado. Para mí no habrá paz ni sosiego en esta vida. La policía me persigue de cerca. No puedo estar un día entero en un mismo lugar. Viajo de noche, a pie, por los lugares más alejados. Durante el día me esconde, como ave de rapiña que teme la luz del sol. No tengo derecho a nada. Para mí ya no hay amigos, ni amor. Se acabó el descanso, la paz. Sé valiente, Helen, no me acobardes con tu tristeza, digámonos adiós sin lágrimas, sonriéndonos, para que esta última hora de felicidad nos acompañe siempre, toda la vida, como una inefable luz que ilumine estas tinieblas a las que me ha castigado el destino.

Se estrecharon en un efusivo y doloroso abrazo; se besaron largamente, desesperadamente.

Jim fué quien primero reaccionó, arrancándose a los brazos de su amada y marchando, protegido por las tinieblas que les envolvían.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Aun Helen le detuvo con la voz un momento:

—Pero ¿de qué vives, si no tienes dinero?

Y en las tinieblas, una voz sombría, desesperada, agonizante, susurró en un gemido:

—Vivo del robo!

EPILOGO

El 16 de diciembre de 1932, Robert Elliot Burns, el autor de "I am a fugitive from a Chain Gang", que ha vivido en la realidad los tristes episodios que nuestros lectores habrán leído en esta narración nuestra de la película SOY UN FU-

GITIVO, fué detenido por tercera vez en el Estado de Nueva Jersey, y el Estado de Georgia reclama todavía la extradición del hombre injustamente condenado, para encerrarle de nuevo.

FIN

ACABAN DE REAPARECER

EL BESO

Creación de GRETA GARBO

— y —

En cada puerto un amor

Por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	El despertar.	Camino del infierno.	Viva la libertad!
El gran desfile.	Las tres pasiones.	Mío serás!	Mulvada.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.	La melodia del amor.	Aieluya!	El teniente del amor.
La princesa que supo amar.	!Viva Madrid, que es mi pueblo!	La mujer que amamos.	Deliciosa.
El coche número 13.	Sombra blanca.	Al compás de %.	Cielo roto.
Sin familia.	La copla andaluza.	La princesa se enamora.	Amargo idilio.
Mare Nostrum.	Los cosacos.	Alanecer de amor.	Honor entre amantes.
Nantás, el hombre que no vendió.	Icaros.	El gran desfile (edición popular).	Para alcanzar la luna.
Cobra.	El conde de Monterixto.	Du Barry, mujer de pasión.	El hombre que asesinó.
El fin de Montecarlo.	La mujer ligera.	La viuda alegre (edición popular).	Rindase!
Vida bohemia.	Virgenes modernas.	Angeles del infierno.	La calle.
Zaza.	El pagano de Tahiti.	Cuerpo y alma.	El prófugo.
Adiós, juventud!	Estrellas dichosas.	El impostor.	Milicia de paz.
El judío errante.	La senda del 98.	Esposa a medias.	Amores de medianoche.
La mujer desnuda.	Esto es el cielo.	Esclavas de la moda.	Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La tía Ramona.	Espejismos.	Petit Café.	La hermana San Sulpicio.
Casanova.	Evangeline.	Jay que casar al príncipe.	El demonio y la carne (edición popular).
Hotel Imperial.	Orquídeas salvajes.	Inspiración.	La dama misteriosa.
Don Juan, el burlador de Sevilla.	El caballero.	El proceso de Mary Dugan.	Los claveles de la Virgen.
Noche nupcial.	Egoísmo.	En cada puerto un amor.	Parja de baile.
El séptimo cielo.	La máscara del diablo.	Marruecos.	Alma libre.
Beau Geste.	El pan nuestro de cada día.	Conoces a tu mujer?	Al Capone (Pánico en Chicago).
Los vencedores del fuego.	Vieja hidalguía.	El millón.	Mi último amor.
La mariposa de oro.	Posesión.	La mujer X.	Muchachas de uniforme.
Ben-Hur.	Tentación.	Gente alegra.	Marido y Mujer.
El demonio y la carne.	El beso.	Mar de fondo.	Mata-Hari.
La castellana del Llano.	Ella se va a la guerra.	La llama sagrada.	Congorila (fuera de serie).
La tierra de todos.	Los hijos de nadie.	La ley del harén.	Carceleras.
Trípoli.	El pescador de perlas.	La fruta amarga.	Erase una vez un vals.
El rey de reyes.	Santa Isabel de Ceras.	Vidas truncadas.	Hombres en mi vida.
La ciudad castigada.	Las dos huérfanas.	La fiera del mar.	Niebla.
Sangre y arena.	La canción de la estepa.	Tabú.	Rebeca.
Aguilas triunfantes.	El precio de un beso.	El pasado acusa.	Indescriptible.
El sargento Malacara.	La rapsodia del recuerdo.	Papá piernas largas.	Tarzán de los monos.
El capitán Sorrell.	Delikatesessen.	Trader Horn.	El terror del hampa.
El jardín del edén.	Del mismo barro.	Un yanqui en la corte del rey Arturo.	La vuelta al mundo con Douglas Fairbanks.
La princesa mártir.	Estrellados.	El código penal.	Chica bien.
Ramona.	Cuarto de Infantería.	La pura verdad.	Recién casados.
Dos amantes.	Olimpia.	Maternidad, o el derecho la vida (fuera de serie).	Champ (El campeón).
El príncipe estudiante.	Monsieur Sans-Gêne.	Carbón (La tragedia de la mina).	La zarpa del jaguar.
Ama Karenina.	Sombras de gloria.	Estudiantina.	Los amores de José Mijica (fuera de serie).
El destino de la carne.	Mamba.	Las peripecias de Skippy.	El caballero de la noche.
La mujer divina.	Ladrón de amor.	¡Qué viudita!	Arsène Lupin.
Alas.	Molly (La gran parada).	El camino de la vida.	La dama del 13.
Cuatro hijos.	Cl valiente.	Noches de Viena.	Amor en venta.
El carnaval de Venecia.	De frente... marchen!	Mamá.	El pecado de Madeline Claudet.
El ángel de la calla.	Prim.	Eran trece.	La casa de los muertos.
La gitana cita.	El presidio.	Bésame otra vez.	Titanes del cielo.
El enemigo.	Romance.	Camarotes de lujo.	El Proceso Dreyfus.
Amantes.	El gran charco.	Los hijos de la calle.	La vida de un gran artista.
Moulin Rouge.	Tempestad.	La divorciada.	El último varón sobre la Tierra.
La bailarina de la Ópera.	El dios del mar.	Madame Satán.	Fantomas.
Ben Ali.	Anne Christie.	¿Cuándo te suicidas?	Violetas imperiales.
Los cuatro diablos.	Sevilla de mis amores.	Marianita.	
Rif, payaso, riel.	Horizontes nuevos.	El carnet amarillo.	
Volga, Volga.	Ben-Hur (edición popular).	Bonarrás a tu madre.	
La sinfonía patética.	La incorregible.	Su última noche.	
Un cierto muchacho.	El malo.	Las alegres chicas de Viena.	
Nostalgia...	El pavo real.		
La ruta de Singapur.	Bajo los techos de París.		
La actriz.	Wu-li-Chang.		
Mister Wu.	Montecarlo.		
Renacer.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

¡ACONTECIMIENTO!

TERESITA

por la pareja ideal JANET GAYNOR y
CHARLES FARRELL

En preparación:

LA PELICULA DE LAS ESTRELLAS

GRETA GARBO, JOAN CRAWFORD,
JOHN BARRYMORE, LIONEL BARRY-
MORE, WALLACE BEERY, LEWIS
STONE, y JEAN HERSHOLT, en

«GRAND HOTEL»

Número especial y fuera de serie. Crí-
tica - Biografías - Argumento de la pelí-
cula. 16 sugestivas ilustraciones. Precio
el de costumbre: 1 peseta.

Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

Siempre lo mejor!

NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE



EXITOS CINEMATOGRAFICOS LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elisa-
sa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO,
por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe
Menjou v Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por
Mady Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por
Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard,
Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un
coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPÁ POR AFICION, por Warner
Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Law-
rence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA,
por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHÀ JUSTICIERA, por Edward
G. Robinson, Loretta Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por Wi-
lliam Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por
Marie Glory y René Lefebvre.

Lujosa presentación. 8 interesan-
tes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)

por Edmund Lowe e Irene Ware

El dinero tiene alas

por Will Rogers, Dorothy Jordan,
etcétera

No quiero saber quién eres

por Liane Haid y
Gustav Froehlich

La mujer pintada

por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

¡Aló, París!

(QUIÉRAME USTED, TELEFONISTA)
por Josette Day y Wolfgang Klein

Inmejorable presentación. 8 intere-
santes fotografías en papel
couché. Precio: **50** céntimos



Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
220 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA



E. B.

Precio: Una peseta